

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspire a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual; para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 6.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XLIV.

MADRID, 30 DE JUNIO DE 1920.

NUM. 723.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Los estudiantes y su trabajo en Alemania (*conclusión*), por Fr. Paulsen, pág. 161.—La formación de los hábitos motores en el sistema de Amorós (*continuación*), por M. J. Philippe, pág. 168.—Los galicismos, por D. Américo Castro, pág. 172.—Revista de revistas: Francia: «Revue Pédagogique», por D. D. Barnés, pág. 179.

ENCICLOPEDIA

Teoría de Turró acerca de los orígenes del conocimiento, por D. Alberto Palcos, pág. 180.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Don Francisco, por J. B. T., página 184.—Acta de Junta general ordinaria de señores Accionistas celebrada el día 28 de mayo de 1919, pág. 185.—Nota leída en la Junta general de Sres. Accionistas celebrada el día 28 de mayo de 1920, pág. 186.—Libros recibidos, página 192.

PEDAGOGÍA

LOS ESTUDIANTES Y SU TRABAJO EN ALEMANIA (1)

por Fr. Paulsen,

Profesor que fué de Filosofía en la Universidad de Berlín.

(Conclusión.)

El trabajo del estudiante.—El objeto del estudio universitario es la capacidad para pensar científicamente, es decir, la capacidad para comprender las investigaciones científicas, para probarlas y para dirigir las; en segundo lugar, resolver problemas prácticos a la luz del conocimiento científico.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

Esto es lo que la Universidad alemana considera como su tarea propia. No es su objeto hacer que los estudiantes aprendan —es decir, acepten como cosa de fe— los conocimientos que se les ofrecen, sino conducirles a un pensamiento independiente, a la investigación y a la busca de la verdad. Naturalmente que el estudiante tiene que aprender; la acumulación de conocimientos es necesaria. Pero el que se quede satisfecho con hacer esto no realizará el ideal de un estudiante alemán. Puede haber sido siempre diligente, haber regularmente asistido a las clases, haber estudiado a fondo sus manuales, y, por fin, con ayuda de los tesoros acumulados, haber pasado espléndidamente sus exámenes, y, sin embargo, tendremos que decir que le falta algo, en realidad lo más esencial, porque no ha probado sus propias fuerzas en una investigación personal. H. von Sybel resume este punto diciendo que el objeto no es aprender en toda su extensión una ciencia hasta sus últimas fuentes, lo que sería imposible, «sino que lo esencial es que el estudiante logre una clara conciencia de los fines de la disciplina que cultiva y de las operaciones, para que sus tareas puedan ser realizadas. Es necesario que en algunas materias, al menos en una, realice él mismo esas operaciones, que siga algunos problemas hasta sus últimas consecuencias, de modo que pueda decir que nadie en el mundo es capaz de enseñarle nada respecto de ellos, en los que ha de sentirse firme sobre sus propios pies y decidir según su propio juicio. Esta concien-

cia de haber ganado la dependencia de sí mismo por su propio esfuerzo es de un valor inestimable. Es casi indiferente que haya escogido primero el objeto de la investigación o que ésta le haya conducido a él; basta con que en una determinada dirección, y aunque sea en pequeña medida, haya vencido la dependencia de la escuela, haya probado sus fuerzas y sus medios, con los cuales en adelante podrá afrontar nuevos problemas y acercarse a sus soluciones; en medio de la alegría de la juventud habrá madurado la virilidad.»

Este es el ideal. No todos lo alcanzan ni en todos sitios es fácil de alcanzar. Durante mucho tiempo fueron principalmente las ramas filosóficas las que condujeron sus estudiantes a esta independencia. Actualmente, las ciencias experimentales las han igualado, si no superado. En el estudio del Derecho es quizá donde esta independencia es más difícil de adquirir, y ésa puede ser la razón de que los profesores de Derecho se lamenten más frecuentemente de falta de gusto e independencia en el estudio; la pesadez del estudio no es acaso hoy en parte alguna tan grande como en el Derecho.

La libertad de aprender.—Es correlativa a la libertad de enseñar. Así como una se concede en el supuesto de que el profesor universitario es un investigador científico, va la otra unida a la exigencia de que el estudiante sea educado para un pensamiento científico independiente. En las Universidades alemanas, la libertad de aprender es, como la de enseñar, casi absoluta. El estudiante escoge su propia Universidad y su Ciencia, sus maestros y su plan de estudios. Sólo de él depende las clases a que ha de asistir, el trabajo que ha de realizar: no hay ninguna influencia oficial, apenas si se ofrece un consejo; si quiere, puede decidirse por no asistir a ninguna clase ni realizar ningún trabajo.

El hecho de que no pocos prefieran no hacer nada, al menos durante una temporada, ha dado lugar a que los padres preocupados y los Gobiernos temerosos hayan plantado la cuestión de si no sería mejor limitar la libertad académica. Repetida-

mente se ha sugerido el empleo de los viejos medios para promover la aplicación al estudio, tales como cursos obligatorios con exámenes semestrales o anuales, listas de asistencia inspeccionada con regularidad, testimonios de aplicación, etc.

El que esté familiarizado con las condiciones de las Universidades alemanas y conozca la juventud, no abrigará dudas respecto de que tales intentos para ayudar a la diligencia en el estudio por medios de imposición serán fútiles y desastrosos: fútiles, porque puede imponerse la ficción de la diligencia, pero no una diligencia verdadera, y desastrosos, porque tales medios sólo servirían para debilitar el espíritu de confianza en sí mismo y de propia responsabilidad.

Un estudio forzado presupone la disciplina de una Escuela y unas relaciones entre maestros y discípulos tales como las que existían en la Edad Media. Este orden en la vida escolar y estas relaciones son imposibles en las Universidades alemanas, por las costumbres tradicionales y por la avanzada edad de los estudiantes. Sería una locura tratar de que los profesores pudieran gobernar a jóvenes de 20 a 25 años de edad en la forma y con los medios de la disciplina escolar. Sin tal orden, todos los demás medios serían inútiles, para no hablar de las listas de asistencia y cosas parecidas.

Los exámenes con intervalos fijos no serían auxilios eficaces para inducir a los estudiantes al trabajo, y serían un obstáculo para la labor científica. En el caso más favorable, los exámenes obligarían a los estudiantes a aprender de memoria algunas notas de clase o libros de texto, o los mismos estudiantes se servirían de libros, que rápidamente se publicarían para satisfacer la demanda que de ellos se produciría. Todo examen trae consigo los medios adecuados para evadir las dificultades que pueda ofrecer.

Este escaso resultado positivo quedaría contrarrestado por los efectos negativos. Primero, la relación entre estudiantes y profesores sería perturbada. Actualmente está por completo basada sobre la libertad

y la confianza, y, por tanto, no puede ser más agradable. Todo intento de aumentar la asistencia a las clases por medios que no sean su propio atractivo pondrá en serio peligro esa relación. ¿Quién podría soportar el presentarse a un auditorio al que no pudiera decir en todo momento: El que no encuentre interés en atender a mis palabras, recuerde que no está obligado a venir? Y, además, la relación con la Ciencia sería también perturbada. Esta, como nacida libremente, debe ser buscada y conseguida por la libertad; si se impusiera a los estudiantes por la fuerza, se convertiría en una cosa repugnante y odiada, no sólo para aquellos que ahora la evitan, sino para los mismos que la aman con más pasión.

Aquel a quien su propio conocimiento de la naturaleza humana no diga todo esto, puede aprender por la experiencia cuál ha sido siempre y en todas partes el resultado de tales medidas. Es instructivo leer lo que dice un hombre bien informado de las cosas de Rusia (Reforma de las Universidades rusas. Ley de 1884. Leipzig, 1886). Allí hay cursos de estudios oficiales para cada año, la asistencia es obligatoria, se celebran exámenes y se dan certificados. ¿Y el resultado?...

«En todas partes se oyen quejas, porque apenas llega la segunda quincena de noviembre, las aulas quedan casi desiertas. Gracias, si desde Año Nuevo hasta fines de febrero se acusa un pequeño aumento en la asistencia; pero después, la preparación para los próximos exámenes impide toda asistencia a las clases... Se da una gran importancia a los «apuntes de clase litografiados, que se venden a precios muy caros y gozan del reconocimiento oficial. El profesor revisa las copias o estenogramas de sus lecciones, antes de interrogar a los alumnos en el examen sobre el contenido de estas copias».

Acerca de la manera como esos exámenes se celebran, la misma fuente ofrece algunos informes curiosos. Las observaciones hechas por Fr. Nicolai hace más de 100 años en la Universidad de Viena pueden leerse en la descripción de sus via-

jes. (V. vol. IV, pág. 57.) Encontró 200 oyentes en la clase de Filosofía; la lección estaba bien, era interesante y fácil de comprender; pero los estudiantes se conducían como mozalbetes:

«Unos se tendían de espaldas en sus bancos, otros conversaban, algunos miraban a todas partes como niños, y no faltaban los que dormían plácidamente.

Todo eso está admitido; pero, a fin de evitar que esos «amantes de la sabiduría» hagan ruido y molesten al profesor y a los estudiantes más antiguos, el *fiseus philosophiæ*, está colocado cerca de la cátedra, y cuando la ocasión lo requiere, se levanta y recuerda a los estudiantes que deben respetar a su profesor.»

Podemos también referirnos a un paralelo que establece M. J. H. Hart en su libro sobre las *Universidades alemanas*, entre la relación de los profesores alemanes con sus discípulos y la del profesor americano con sus alumnos.

«El aspecto que caracteriza la vida de un profesor en América, especialmente la obligación de mantener la disciplina y hacer cumplir los deberes de policía, falta por completo en Alemania. El profesor alemán explica sólo para aquellos que desean y son capaces de escucharle. Su relación con los oyentes es la de un caballero que habla a otros. No está en constante peligro de oírse llamar por apodos y de ver la caricatura de su rostro; su reposo nocturno no está perturbado por serenatas.»

Ciertamente, estas cosas las encontraríamos también entre nosotros, si introdujéramos las causas que las engendran, a saber: la disciplina escolar y la inspección de policía.

Pero aunque estos efectos no se produjeran y llegara a ocurrir que todos los estudiantes se trasformaran en alumnos llenos de buena voluntad que estudiaran diligentemente sus lecciones, este resultado estaría lejos de ser el ideal; por el contrario, eso significaría la destrucción de la idea de la Universidad alemana.

Formar los jóvenes para que sean hombres independientes, independientes en

pensamiento y en voluntad, y conscientes de su propia responsabilidad, es la idea de la Universidad alemana tal como ha sido desarrollada en los dos últimos siglos. Hacer uso de la libertad, aconsejarse y gobernarse a sí mismo, son cosas que sólo se aprenden en libertad. Es verdad que esta es una escuela peligrosa, pero no hay otra. Muchos pierden su camino, los más de ellos van sin guía durante un período más o menos largo, hasta que encuentran la cosa adecuada, la que mejor les conviene.

Pero el que no ha errado por su propia cuenta y no encontró su camino por el propio vigor de su inteligencia, no puede decir que ha hecho importantes experiencias. El que viaja a través de un país por un camino recto no puede ver mucho de él; rondando por veredas y caminos, a veces equivocados, se llega a conocer el país; ellos le obligan a uno a observar cuidadosamente, a mirar en todas direcciones y a advertir las indicaciones del terreno para encontrar el camino verdadero. Así ocurre en las ciencias. El que viaja por los rectos caminos de los ejercicios de escuela y verdades reconocidas, el que no tiene valor para desviarse y errar, puede decir que no ha visto mucho en la tierra de la verdad. Y errar mucho significa mantenerse joven; sólo el que termina su vida deja de equivocarse para siempre. El que ha aprendido en la experiencia a errar, a buscar y a encontrar, será mejor auxiliar y guía para otros errantes luchadores. Y tales errores, como pertenecientes a la voluntad, no dejan de producir frutos beneficiosos para aquel que acaba por encontrar su camino gracias a su propio esfuerzo. El hombre aprende en las batallas que la voluntad libra con las inclinaciones, a asegurar su libertad y soberanía. «Hay que arriesgar al joven a fin de ganar al hombre.» Estas palabras de Rousseau son todavía verdaderas. Sobre ese principio está basada la Universidad alemana. Y esto es hacia lo que el hombre de edad madura se siente agradecido. La Universidad no le tomó de la mano guiándole como un niño de escuela, librándole de toda clase de errores, sino que despertó

en él las fuerzas que le capacitaron para dirigir rectamente sus propios pasos y cuidar de sí mismo. No son sólo los profesores (afortunado el estudiante que encuentra de vez en cuando un maestro que arroja algo de luz en su camino), sino la Universidad entera con sus instituciones, sus normas, sus tradiciones y Asociaciones, las que han hecho de él un hombre; todo en ella le solicita a ejercer su propia voluntad, a ser un hombre y a valerse por sí mismo.

Una vez más podemos referirnos a H. von Sybel.

«Nunca será excesiva—dice—la importancia que atribuyamos al beneficio derivado del hecho de que vuestras Universidades, en su más íntimo carácter, tiendan a la liberación del espíritu humano. En la escuela preparatoria, el hombre ha de ser dirigido necesariamente por medio de la autoridad; subsiguientemente, en la vida, la profesión práctica reclama también, con su autoridad exterior, una parte considerable de la existencia. Pero todo hombre educado en suelo alemán habrá tenido un momento en su vida en el cual los órganos de autoridad, la Nación, el Estado, el maestro, le impongan como el más alto de todos los mandatos: sé intelectualmente libre.»

Y ahora que tocamos este punto esencial del carácter de la Universidad alemana, será oportuno citar la opinión de otro testigo clásico. Dice Schleiermacher en sus «Pensamientos ocasionales» (*Gelegentliche Gedanken...*, pág. 110):

«No es el fin de la Universidad enseñar a los estudiantes, sino presentar a la juventud una vida enteramente nueva, despertando en ella un elevado y verdadero espíritu científico. Pero esto nunca podrá hacerse por imposición; sólo será posible conseguirlo, y más entre alemanes, en una atmósfera de absoluta libertad del pensamiento. Así como sólo por el amor y la fe puede quedar un hombre sujeto a las leyes de la fe y del amor — suponiendo que esté dispuesto a ello —, pero no por medio de externas presiones se fuerza y obliga, tampoco puede llegarse al conocimiento y a la

ciencia más que libre de toda autoridad por el conocimiento mismo, y nada más. Especialmente, nosotros los alemanes, los amantes jurados de la libertad en general y de la individualidad de toda persona; nosotros, que nunca hemos aceptado una forma normal y general de ciencia o de fe, ni un método para llegar a ellas, exclusivo e infalible para todos, ¿cómo no hemos de pensar que ese elevado espíritu de conocimiento ha de producirse de manera distinta en cada persona? ¿Cómo no hemos de admitir y demostrar por nuestras instituciones que ese proceso no puede ser regido de un modo mecánico, sino que debe ser libre en todas sus partes? Por eso tratamos con la mayor delicadeza todo lo que a él se refiera.»

Los medios de estudio y su utilización.—En páginas anteriores se ha tratado de la forma e importancia de la enseñanza ofrecida en la Universidad. Al estudiante corresponde utilizar bien esa enseñanza. Durante los primeros semestres, su finalidad principal será entrar, por medio de algunas clases bien escogidas, en el campo de la disciplina en que ha de trabajar. La tradición le llevará a escribir sus lecciones por medio de notas tomadas en la clase; ejercicio que, si se hace con circunspección, no es para ser despreciado, porque obliga a seguir al profesor con una reflexión continua, y a redactar de nuevo, y en la forma abreviada, el contenido esencial de sus palabras. Gneist, en sus «Aforismos relativos a la Reforma de la Educación legal» (1887), hace notar que ese ejercicio encierra una buena preparación para el abogado que va a tener que seguir negocios orales y anotar los puntos principales que le permitan recordar el curso completo del procedimiento; ocasiones que se presentan a todos, no sólo al abogado, ya que la creciente publicidad de la vida moderna va dando preponderancia al discurso y los procedimientos orales respecto de la lectura y escritura. Por eso las notas escritas tienen valor cuando están hechas no sólo con la mano, para la cual puede ser una tentación la escritura taquígrfica. Si la lección es interesante, las

notas tomadas tienen un valor práctico para su estudio y revisión en casa.

Durante los semestres siguientes, las clases van acompañadas de los llamados ejercicios universitarios, cuyo objeto es enseñar el método de investigación o manera de desarrollar los problemas. Puede afirmarse que actualmente, por lo menos en la Facultad de Filosofía, todos los estudiantes diligentes y deseosos de saber participan, de una u otra manera, en los ejercicios que se realizan, bien en seminarios públicos, bien en cursos y asociaciones privadas. En realidad, el trabajo activo que en ellos se realiza es un complemento necesario de la actividad mental, más bien receptiva, que se desarrolla en la clase.

La comunicación de los métodos de trabajo científico tiene ahora lugar casi exclusivamente en esas instituciones. Estos seminarios constituyen el mejor medio de conseguir que las relaciones personales entre profesores y alumnos tengan la mayor cordialidad posible. Cuando se ha llegado a formar entre ellos una relación de verdadera intimidad, tiene ésta casi siempre sus raíces en los ejercicios de seminario, en los que el estudiante goza de un cuidado y atención personal, y donde el maestro contempla el desarrollo de las inteligencias que han de ser las continuadoras de su obra.

Otro medio importante de estudio en la Universidad es la lectura. Es esencial que el estudiante lea los autores más importantes en las ramas principales de la Ciencia que haya escogido, y que aprenda a conocerlos por el estudio. La lección le proporciona, primero, una visión general, y después, empleada con habilidad y mediante el estudio de un libro de texto sobre la misma materia, llega el estudiante a adquirir gran dominio de los términos técnicos y del suministro de los hechos. La utilización de extensas obras de consulta es también conveniente; su solo conocimiento es una ventaja, porque más tarde, y sobre todo en localidades remotas, no son fácilmente accesibles. Será, además, importante para el estudiante familiarizarse

con la historia de la Ciencia, siquiera sea en sus líneas generales. Las explicaciones dirigidas más bien hacia la parte sistemática resultan complementadas, por regla general, con referencias a la literatura, lo que especialmente ocurre en las Ciencias Naturales. Sin embargo, sólo será provechoso ocupar la mente con la historia de una Ciencia cuando eso conduzca al estudiante al estudio de algunas de las obras de verdadera importancia histórica, a dirigir personalmente alguna investigación clásica, y no meramente a aprenderla a través de los informes de los demás. Si en Filología y Ciencias históricas el material principal de investigación está constituido por los monumentos literarios, es indispensable que el estudiante se familiarice con ellos por medio de una cuidadosa lectura y comparación. Así, por ejemplo, el teólogo y el filólogo se encontrarán con que la mejor parte de su trabajo está constituido por la lectura de los escritos que forman el principal objeto de su Ciencia. El que conozca las materias, encontrará con facilidad su camino entre la bibliografía, códigos y ediciones, problemas y comentarios, y no verá a través de ellos más allá de lo que necesite o le convenga.

De este modo, según las circunstancias e inclinación lo van consintiendo, se va complementando el estudio de la propia ciencia con la lectura de obras sobre asuntos conexos y materias adecuadas para promover la cultura general. La Filosofía reclamará en esto su derecho de ser tenida en cuenta. Según la antigua perogrullada «por todas partes se va a Roma», en la Ciencia todos los caminos llevan a la Filosofía. Toda investigación termina en esos problemas generales, cuya solución siempre se ha asignado a la Filosofía.

Respecto al método para leer, sigue siendo bueno el viejo consejo de leer con una pluma o un lápiz en la mano. Anotando el curso de las ideas, acentuando las esenciales, se mantiene viva la atención y quedan más impresos en la mente los hechos y las ideas. Para el recuerdo posterior valen más unas cuantas notas redactadas personalmente en el curso de una

primera lectura que una minuta o informe hecho con toda exactitud por otros.

La lectura es más provechosa cuando va guiada por algunos puntos de vista, sean históricos o de otro orden, alrededor de los cuales se va acumulando el fruto actual.

Recientemente, los recursos literarios de las Universidades alemanas se han hecho mucho más accesibles que lo eran antes. Las bibliotecas públicas han venido a satisfacer las exigencias de los estudiantes poniendo a su inmediato alcance una rica colección de libros de consulta que pueden ser libremente utilizados en la sala de lectura, lográndose así que todos los asistentes puedan sin grandes formalidades, y en todo tiempo, consultar los textos y obras de consulta más importantes. También las nutridas bibliotecas de los seminarios están abiertas y pueden ser utilizadas en los mismos edificios universitarios, pudiendo, además, los que a ellos asisten, llevar los libros a su casa. Es de esperar que esta creciente provisión de tesoros literarios en bibliotecas públicas no tendrá como consecuencia una mayor economía por parte de los estudiantes en la adquisición de sus propias colecciones de libros. Una pequeña biblioteca propia es indispensable para todo el que se consagre al cultivo de la Ciencia.

Finalmente, no quiero dejar de referirme a las ventajas del trabajo en compañía de otros. Puede hacerse de dos maneras: uniéndose unos cuantos, privadamente, para trabajar juntos, o por un trabajo organizado en Sociedades científicas, y los dos procedimientos pueden ser de buenos resultados. Cuando dos o tres que simpatizan entre sí y se complementan, se reúnen para leer o estudiar, el trabajo se hace entre todos en medio de la mayor alegría. La contemplación de un asunto desde dos puntos de vista y la posibilidad de exponer cada uno su opinión y las que éstas les vayan sugiriendo aumenta el interés, facilita y profundiza la comprensión. Las Sociedades científicas, tales como recientemente y en crecido número se han formado, tienen también una importancia

que no puede ser desconocida; en parte, porque reúnen hombres de aspiraciones semejantes y les dan ocasión para que establezcan entre sí relaciones de cordialidad y simpatía. En las Sociedades bien dirigidas se forma una especie de tradición histórica, que infunde al recién llegado un buen espíritu, le guía por el camino recto y le impulsa hacia las más altas aspiraciones. Las ocasiones para exponer ante el círculo de socios estudiantes los resultados de pequeñas investigaciones o ensayos, revistas y comunicaciones proporcionan un buen suplemento a los ejercicios de seminario.

Exámenes.—En todas las Universidades alemanas hay dos especies de exámenes: exámenes académicos y exámenes de Estado. Los primeros tienen lugar en las Facultades, y mediante ellos se obtienen los grados académicos. Los exámenes de Estado se celebran ante Cuerpos de examinadores nombrados por el Gobierno, los más de ellos por un año, y con arreglo a las instrucciones que éste les da en cuanto a la manera de realizarlos. Para entrar en las profesiones liberales es *conditio sine qua non* haber pasado este examen. Los grados y exámenes académicos tienen sólo importancia para la carrera universitaria desde que son necesarios para la admisión como profesor privado; aparte de esto, su única significación es la de una nota favorable o la de un adorno.

El sistema de exámenes de Estado no ha sido admitido de una manera general hasta principio del siglo XIX, si bien sus orígenes primitivos se remontan al siglo XVIII.

Para la profesión médica eran suficientes los exámenes y grados académicos. En las funciones públicas, el ingreso en la profesión estaba condicionado, por regla general, por testimonios académicos (bien fueran pruebas oficiales de haber adquirido un grado o asistido al menos a una Universidad, bien simples testimonios privados de profesores eminentes), y por el empleo durante cierto tiempo en una oficina del Gobierno, o como pasante en un Tribunal. Si probó su suficiencia y satisfizo a sus superiores en algunas pruebas extraordi-

narias, podía contar como seguro un nombramiento definitivo. Los exámenes más antiguos fueron los de los oficios eclesiásticos y estaban dirigidos por autoridades de la Iglesia. Hasta principio del siglo XIX, en Prusia desde 1810, no existieron exámenes especiales para los candidatos a la profesión de la enseñanza, separados de los exámenes teológicos. El desarrollo del sistema de exámenes de Estado está en íntima relación con todo el desenvolvimiento histórico del Estado. El nuevo orden adoptado por los Estados alemanes a partir de principio del siglo XIX, es decir, después de su choque con la Francia revolucionaria, exigía un nuevo régimen para la designación de los funcionarios. El antiguo sistema de derechos hereditarios a los más altos puestos civiles y militares fué en absoluto rechazado, distribuyéndose los empleos no según el juicio, favor o inclinación de la Corona o los patronos privados, sino con arreglo al principio nuevamente adoptado de seleccionar los pretendientes entre los que hubieran sufrido los exámenes prescritos. Lógicamente se dedujo después el principio de los ascensos según la antigüedad.

Con la adopción general de este principio se consiguieron dos resultados: 1.º Dar una cierta seguridad al Estado de que sus empleos no caerán en manos de pretendientes total o insuficientemente preparados. 2.º Dar al que se prepara para alguna carrera, o a quien ha entrado en ella mediante pruebas de su capacidad, una cierta seguridad de que nadie sin mérito y por mero favoritismo personal le será preferido.

Este es el significado esencial de los exámenes. El que prefiera este sistema al del patronato y de los privilegios debe reconocer que los exámenes, no obstante, están lejos de poder ser un medio infalible para conocer la capacidad y el mérito, y, en cambio, pueden causar muchas molestias y perturbaciones, tanto a los examinados como a los examinadores. Sobre todo, padece en gran manera la libertad de los estudios científicos. Todo examen que no sea una acción puramente pedagógica

entre los profesores y los alumnos, todo examen de Estado que tenga por objeto cerciorarse de la posesión de una cantidad de conocimientos mediante examinadores que no conocen a los candidatos conducirá necesariamente a la revisión de compendios y al aprendizaje memorista de libros de texto. Por la naturaleza misma de las cosas, un examen así tiene que versar más acerca de lo externo (es decir, lo que puede expresarse en pocas palabras) que acerca de lo interno y esencial de una Ciencia. El verdadero resultado intelectual de la labor científica nunca podrá pesar mucho en tales exámenes, como lo prueba Latham, el penetrante inglés, en su excelente libro *Of the action of examination considered as a means of selection* (1877). Esto se acentúa más cuando todos o parte de los que examinan son personas que no intervienen de una manera activa en la enseñanza. Así sucede en Prusia con los exámenes de ingreso en la Abogacía, si bien es verdad que recientemente los profesores universitarios han mejorado su representación en los Tribunales de examen.

LA FORMACIÓN DE LOS HÁBITOS MOTORES EN EL SISTEMA DE AMORÓS (1)

por M. J. Philippe.

(Continuación.)

II. La conciencia del acto motor.

«Existe una precisión tan grande en las proporciones del cuerpo humano, que sobre ella está fundada toda la ciencia de la Mecánica» (2).

Cuando queremos realizar un movimiento, nuestro organismo no se mueve ni como una simple máquina de ruedas sin conciencia, ni por el solo influjo de la idea de ese movimiento, ni por un conocimiento teórico de sus leyes.

Si bastase, para descubrir nuestros mejores medios de obrar, dejar que nuestro cuerpo marche, sin conocerse, según las leyes de su naturaleza, ¿qué necesidad ten-

dríamos, para perfeccionar un movimiento, de poner más en claro en la conciencia sus elementos constitutivos?

Por el contrario, si para poner de acuerdo una imagen motora con las leyes de nuestro mecanismo corporal, bastase estudiar los libros de Mecánica, o las leyes fundamentales del movimiento, sin considerar cómo funcionan en nosotros los engranajes internos de nuestra motilidad, ¿por qué el sabio, que, teóricamente conoce tan bien esas leyes, se encuentra, frente a un movimiento nuevo, tan desprovisto de experiencia, como el Adán de Hume ante el misterio de un lago profundo y tranquilo?

Amorós, para perfeccionar nuestros movimientos, no apela ni a los principios teóricos de mecánica corporal, ni a su práctica maquinal, sino a lo que él llama «la conciencia positiva de nuestras fuerzas». Esta nos hace conocer, bajo la forma de sensaciones internas, el aspecto subjetivo de nuestra motilidad; extiende, a través de lo fisiológico del hombre, sin perder contacto con lo moral, una red de asociaciones motoras, siempre dispuesta a actuar; aproximadamente como las fórmulas, en el espíritu del matemático, están siempre dispuestas a proporcionarle los datos de un cálculo de aplicación, y estos hábitos motores son tales, que, en lugar de ser sólo producto del juego de los reflejos y de las tendencias instintivas, expresan en los cuadros rígidos de la máquina humana una espontaneidad fisiológica y moral, de que hemos adquirido conciencia a fuerza de experimentarla.

Tal conciencia no recuerda nada el espejo ideológico de la filosofía escocesa. Primitiva, particular y completa, reúne muchos elementos en un solo y mismo estado; toma nuestras imágenes motoras en el origen en que han salido directamente de nuestra motilidad; las conserva todavía provistas de todos los atributos necesarios para la realización del movimiento que ellas representan, sin dejar que se deformen ni por la abstracción, ni por la generalización. Los demás conocimientos nuestros ponen de un lado el objeto; del otro, el sujeto; éste, en lugar de separar de un lado la re-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

(2) N. Audry: *Orthopédie* (1741), tomo I, página 38.

presentación del movimiento que acabamos de realizar y de otro la sensación que nos da al realizarse, conserva el carácter actual del movimiento, del que adquirimos conciencia y mantiene la unidad íntima de todo el acto. Esta es la síntesis del aspecto figurativo con el realizador: forma de conciencia que Amorós traduce por el γνῶθι σεαυτόν, que los griegos escribieron en el frontón del templo de Apolo, dios de las artes del movimiento y de la cadencia y creador de toda gimnasia.

Para él, como para los antiguos teóricos de la gimnasia helénica, esta conciencia reúne en un solo estado el total de nuestra motilidad, la materia del movimiento y su forma o esquema (1), elemento sensorial y el de la actividad. «La Naturaleza—dice—ha organizado al hombre para obrar y para sentir al mismo tiempo; el método que yo propongo no es más que la expresión y el cumplimiento de ese principio.»

¿Cómo esta concepción de la conciencia deja libre campo a la espontaneidad en el juego de nuestra actividad? Sobre este punto, el método de Amorós establece una doble teoría, que no expone, sea porque la ha encontrado en circulación entre sus contemporáneos, sea porque la juzga fuera de los límites de su *Manuel d'éducation physique et morale*. Pero aquí no podemos determinar el alcance psicológico de su método sin remontarnos a ese doble origen.

En los primeros años del siglo XIX, bajo influjos muy difíciles de precisar, algunos fisiólogos se admiran de que la mecánica propia de nuestros movimientos (la *fisiología mecánica* según la expresión de Amorós) sigue reglas más finamente matizadas, más particulares y más relativas, y, por decirlo todo, más contingentes, que las leyes *a priori* de la mecánica abstracta. Éstas, bajo su forma, superior a toda experiencia, no pueden prever ciertos coeficientes individuales que se manifiestan espontáneamente en la forma, sino en la

materia de los movimientos salidos de nuestra constitución personal, y que funcionan en nuestra actividad voluntaria, no en nuestros reflejos. Cuando un motor se siente actuar y adquiere en sí mismo conciencia de la fuente de su actividad, no desenvuelve sus movimientos como si estuviese movido por una fuerza extraña o no tuviese conciencia de su actividad. Su mecánica es, con respecto a la de un cuerpo, inconsciente, como al espíritu geométrico es el espíritu de delicadeza.

Esta delicadeza motora que abre a la espontaneidad el camino para intervenir, para manifestarse, por ejemplo, en ciertos cruces en que la conciencia motora, adivinando la ocasión oportuna, orienta la fuerza que hay que poner en juego, dando al movimiento, no ya la forma que resultaría mecánicamente de su materia o de los movimientos anteriores, sino de que nosotros nos sentimos capaces de sacar la fuerza que necesitamos y de ponerla en acción. Los teóricos de la gimnasia helénica habían entrevisto esta solución del problema de la espontaneidad de nuestros movimientos cuando hacían intervenir χαίρος, que significa, a la vez, la ocasión, la elección oportuna, una cierta precisión que excede más o menos de la experiencia anterior. Ella amplifica, aclara el tacto interno, abre la puerta al perfeccionamiento de nuestra motilidad, y, por consiguiente, al progreso en el uso de la máquina humana; nos proporciona otros medios de obrar que los del reflejo, del instinto o del tanteo empírico.

La otra teoría procede de una tesis formulada, a propósito del problema de Molineux, hacia la mitad del siglo XVIII; se la encuentra, especialmente, en un tratado de educación que Amorós aconseja para comprender los principios directores de la educación motora.

Las sensaciones que se elevan de nuestros órganos motores a la conciencia llegan bajo una forma bastante circunscrita con los contornos o dimensiones bastante precisos para permitirnos reproducir de memoria los movimientos que dieron vida a imágenes motoras. Olvidemos por un

(1) Sobre el σχῆμα, véase Filostrato: *De la gymnastique*; Lucien: *De la danse* (o mímica); Emmanuel: *L'orchestrique grecque, y De saltat, discipl, apud græcos* (1895).

momento el hábito nacido de la necesidad de abstracción que nos hace medir las extensiones, las masas y aun las fuerzas, refiriéndolas a patrones exteriores y objetivos, casi extraños a la conciencia. El carácter esencial de una sensación interior de movimiento es el ser de origen tan objetivo como su efecto; no se puede, sin deformación, traducir en fórmulas objetivas los datos de conciencia que la expresan al exterior de nosotros mismos. Por esto es por lo que, traducida en palabras, parece más vaga y menos fija que nuestras sensaciones de origen objetivo. No es menos cierto que esta sensación, sin objeto exterior, nos trae exactamente lo mismo que aquellas cuya causa es externa: el eco de las dimensiones y las medidas de los órganos que nos las dan, los contornos de su actividad en el medio en que actúan, las dimensiones de la fuerza que ponen en obra, etc. Ahora bien: a todo esto, y no a medidas exteriores, es a lo que nos referimos para reproducir un movimiento exactamente tal como lo hemos hecho una primera vez.

Los escultores y los pintores, para medir las dimensiones proporcionales del cuerpo humano, las refieren a un segmento de ese cuerpo, que les sirve de común medida, y que es su canon. Supongamos por analogía que, para medir las sensaciones que aportan a la conciencia los diversos órganos de movimiento, y para apreciar sus dimensiones relativas, nuestro tacto interno las refiere del mismo modo a un patrón individual, cuyo carácter fundamental nos ha revelado la experiencia anterior: cada uno podrá construir, fuera de sí mismo, una especie de escala proporcional de sus dimensiones motoras, regular sobre ella el gasto de sus fuerzas y medir así, sólo para su práctica subjetiva, la amplitud de sus movimientos: todo esto con tanta mayor facilidad cuanto que esta común medida es obra suya, sacada de su propia experiencia en y para ese organismo, que el tacto interno pone en su conciencia.

Así, las sensaciones internas de nuestros movimientos son referidas directa-

mente, y sin error posible, a una medida siempre presente a nuestra conciencia proporcionada por nuestra constitución individual y que le es relativa.

Si todos los tipos fisiológicos fuesen idénticos y superponibles, sus dimensiones subjetivas serían las mismas en todos los hombres, y los baremos de nuestras fuerzas podrían construirse todos por el mismo modelo. Una sola y misma gimnasia, universal y uniforme, construída *a priori* como la de Ling, daría por toda la tierra, sin distinción de raza ni de clima, la misma educación motora a todos los hombres. Nos tenderíamos todos sobre el mismo lecho de Procusto y «la conciencia activa de nuestras fuerzas» no tendría que intervenir, salvo en aquellos que dirigieran el movimiento de los otros. Esta conciencia desaparecería también, aunque menos rápidamente, en una educación motora que emplease el instinto sin esa espontaneidad, cada vez más clara, salida de nuestros órganos.

No siendo el método de Amorós ni empírico ni apriorista, sino inductivo, concentra toda su técnica mental sobre esa conciencia como sobre el lugar común de los datos sensoriales proporcionados por nuestra constitución personal. Cada cual establece, según sus medidas subjetivas, el presupuesto de sus fuerzas, la medida de sus movimientos, la elección de sus medios, y su espontaneidad se mueve así dentro del cuadro de las leyes generales de la mecánica del cuerpo humano.

Resta ver cómo Amorós alcanza esta mecánica corporal subjetiva y relativa.

Afirma en primer lugar que «los movimientos involuntarios del cuerpo humano abandonado a la acción de la gravedad (1) entran en las leyes generales del movi-

(1) «Teniendo lugar por un poder extraño de impulsión..., todos estos movimientos involuntarios entran en las leyes generales del movimiento de los demás cuerpos. El conocimiento (intuitivo) de las leyes del equilibrio y la aplicación de estas mismas leyes son necesarios al hombre; no puede ejecutar ningún movimiento sin aplicarlas. El equilibrio puede ser considerado como la justedad de nuestros movimientos; es con relación a éstos lo que la justicia con relación a la moralidad de nuestras acciones.» *Manuel*, tomo I, páginas 198 y 149.

miento de los demás cuerpos (inertes), para los cuales la aplicación de las leyes de la mecánica (abstracta) es rigurosa. Pero cuando los movimientos son voluntarios, ¿en qué medida puede nuestra espontaneidad elegir la manera que adoptará para seguir estas leyes que la arrastran? (1). Si se tratase de un cuerpo inerte y sin conciencia, como las modalidades de sus movimientos son a la vez muy limitadas y muy exactamente determinadas, sería posible la adaptación de origen interno. Aun en el caso en que el número de las modalidades llegase a ser múltiple, este cuerpo, que no tiene conciencia de la cantidad de medios que están a su disposición, no podría seguir más que el dado por la fuente de movimiento que le pone en acción. Pero la máquina humana tiene la doble ventaja de «reunir todas las palancas y todas las clases de potencias que sirven para hacer mover los demás cuerpos» y de estar provista de órganos susceptibles de operar innumerables modificaciones. «Tal hueso, que representa durante un movimiento una palanca de primer género, puede transformarse, en otras circunstancias, en palanca de otro género» (2). Así el teclado de nuestros movimientos es, por decirlo así, más extenso que nuestras necesidades, no estando limitado del lado orgánico más que por las pérdidas de flexibilidad que impone

(1) «El cuerpo humano, abstracción hecha del alma que le anima, es una máquina que se mueve según todas las leyes de la dinámica y que reúne en su organización todas las potencias que sirven para mover los demás cuerpos de la naturaleza... Las alteraciones están igualmente bajo el imperio de las leyes mecánicas y el arte de modificar, de dirigir sus acciones debe ejercer el más feliz influjo sobre la regularidad de su desarrollo... La gimnasia no hace más que regularizar los juegos, los movimientos; dispone sus elementos, siguiendo un sistema regular, los coordina de la manera que resulten más útiles; los hace servir al perfeccionamiento entero del ser.» Amorós: *Gymnase normal*, sesión del 19 de octubre de 1823, páginas 8-9; del 23 de septiembre de 1822, página 20.

«La facultad que el hombre posee de contraer sus músculos y de hacerles actuar, según órdenes de su voluntad; la conformación de sus brazos, de sus manos, de sus piernas, de su cuerpo, en que todas las palancas y todas las formas convenientes para ejercitar una potencia se encuentran reunidas, atestiguan su favorable y maravillosa organización para producir una fuerza que no pide sino ser bien dirigida.» *Manuel*, tomo I, páginas 271-272.

(2) «La mecánica animal admite los tres géneros

la edad o la falta de ejercicio, y del lado mental, por los hábitos y las asociaciones motoras que nosotros hemos organizado precedentemente para poner jalones en las vías directoras de nuestro acto muscular. Tantas posibilidades motoras, unidas al juego de nuestras asociaciones mentales, elevan el mecanismo de esta actividad muy por encima de la movilidad de los cuerpos inertes.

Si se reflexiona ahora que el tacto interno trae a la conciencia todas estas posibilidades motoras y que la experiencia de los movimientos precedentemente ejecutados ofrece innumerables maneras de modificarlos todavía, el campo abierto a nuestra espontaneidad, ¿no parecerá inmenso? Nuestra posibilidad de modificar la velocidad que toca al ritmo lo agranda aún.

Las leyes de la velocidad, netamente definidas, quedan inmutables en los cuerpos inertes; pero en su cuerpo, cuya característica es obrar según ciertos ritmos fisiológicos, el hombre puede, como se ha visto, modificar y trasportar algunos de estos ritmos. Nosotros podemos acelerar o retardar ciertas velocidades, sustituir una forma de velocidad por otra, ayudados por las precedentes adquisiciones de nuestra educación motora, que nos enseña a elegir el ritmo más ventajoso en nuestra organización fisiológica (3).

de palancas generalmente conocidos; pero están incesantemente variados en sus aplicaciones y en sus efectos, según las situaciones de la economía viva y de las relaciones que se establecen entre sus diversas partes. Tal hueso, que representa durante un movimiento una palanca de primer género, puede transformarse en otras circunstancias en palanca de otro género. Estas modificaciones innumerables de que son susceptibles los instrumentos de nuestras acciones constituyen el origen de las dificultades que se experimentan a cada instante para resolver los diferentes problemas de la mecánica animal.» *Manuel*, tomo I, página 194.

(3) «La velocidad es el producto de la energía del hombre, del ardor que se le ha inspirado previamente y que aplica a las circunstancias en que se encuentra. Estas dos cualidades son morales, y han sido desenvueltas por medios morales, porque un simple movimiento mecánico no podría jamás producir las; pero llegan a ser el origen de una potencia física, aumentando la resistencia a la fatiga y la cantidad de trabajo.» *Manuel*, tomo I, página 197. «¿Se piensa seriamente en las diferencias que existen entre un sistema completo de educación física, gimnástica y moral, y una enseñanza de procedimientos puramente mecánicos y animales?... Es preciso estudiar el carácter

Esta concepción de nuestra espontaneidad, que Amorós ha recibido de los gimnastas franceses del siglo XVIII, ¿autoriza a buscar en este observador sagaz de todas las flexibilidades de nuestra motilidad una teoría de la voluntad en el acto motor? Cuando se llega a este punto, se limita a declarar que nos encontramos frente al misterio de la voluntad. Así, pues, no es para resolver este problema para lo que se exponen aquí los puntos de vista de este teórico de los movimientos del hombre; no hay otro propósito que el de presentar un documento que pueda servir para deslindar y precisar el lugar de la solución.

(Concluirá.)

LOS GALICISMOS ⁽¹⁾

por Américo Castro,

Catedrático de la Universidad de Madrid.

I

La presencia en el español de multitud de voces y giros importados de Francia es hecho conocidísimo; tal fenómeno es mirado como una dolencia de la que hay que sanar a nuestro lenguaje, para que torne a manifestarse terso y brillante, y es frecuente que en libros y periódicos se saque a la vergüenza a los que deslizan en sus escritos frases o vocablos de indudable corte francés. ¿Qué valor tiene esta actitud? Quisiera dar al lector no versado en estas materias algunos elementos para que forme sobre ello una opinión algo razonada.

Hace algún tiempo (antes de la guerra) discutíase en el Parlamento alemán la conveniencia de expulsar del idioma nacional toda palabra de origen no germánico; un conservador sostuvo, con marcada violencia, aquel punto de vista y, entonces, un demócrata le replicó que le juzgaba incapacitado para realizar tal expurgo en su

y el temperamento..., lo físico y lo moral del hombre para ejercer sobre él un influjo moral y físico.» *Gym. norm.*, 1828, página 125. «Así, el gesto involuntario llegará a ser una acción prevista, estudiada, que producirá un efecto seguro.» *Manuel*, tomo II, página 129.

(1) Véanse los números 2, 4 y 6 de la «Revista general», de Madrid. 1917-1918.

idioma. Y tenía razón: un alemán no lingüista se quedaría asombrado al ver que muchos cientos de voces, aparentemente de neto cuño germánico, no eran sino préstamos que, con carácter definitivo, había recibido el alemán de la lengua latina.

Algo análogo ocurre entre nosotros con el francés. Aun antes de existir el castellano como lengua literaria, comenzó a recibir, aclimatándolas, ciertas palabras francesas, y, de un modo más preciso, puede afirmarse que desde hace ocho siglos no ha habido época de nuestra historia que no haya estado sometida, con varia intensidad, a esa influencia de nuestros vecinos. Hay, pues, dos maneras de mirar este asunto. Podemos tomar la actitud histórica, y analizar cómo ha sido posible que se realice esta continúa ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de vista es el de los escritores críticos a que aludía al principio, inspirado más bien en la pedagogía social y literaria. Creo, sin embargo, que ambos criterios son indisolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad, si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar.

Como afirmación de carácter general, puede decirse que el hecho de que en un idioma aparezcan manifestaciones de influencia extranjera tiene en sí muy poca importancia; eso indica tan sólo que, en uno o varios puntos, la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua—en la excelente literatura—, el extranjerismo es uno de tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura están impregnadas de galicismos o de italianismos; en cambio, hay obras de un marcado sabor tradicional que pueden, a

veces, no merecer nuestra atención. La lengua tiene momentos de esplendor o de decadencia, merced a causas muy distintas: Göthe refleja un gran influjo francés, y, sin embargo, es el primer clásico alemán. Todo idioma tiene suficiente vitalidad para asimilar o expulsar elementos extraños, y cuando esto no ocurre, es que está a punto de dejar de existir, y entonces no vale la pena ocuparse de él.

Lo que actualmente acontece con el galicismo es un producto de causas complejas. Esencialmente, estas causas son dos: insuficiencia de nuestro país en la elaboración de muchos productos de cultura, y bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. Durante todo el siglo XIX (para no hablar de épocas anteriores), España ha recibido de Francia (o a través de ella) casi todo lo que representa progreso: organización política (*parlamento: parlement*), judicial (*juez de paz: juge de paix; tribunal supremo, en América, corte suprema: cour suprême*, etc.); mobiliario, indumentaria (*canapé, sofá, pantalón, chaqué*, etc.); comunicaciones (*wagón, ténder, rail*, etc.). Actualmente llamamos *chófer* al *chauffeur*, y la mayor elegancia de los vestidos parisienses invita a las señoras a decir *trusó (trousseau)*, en vez de *ajuar*. Preocupémonos, por consiguiente, de que en España se inventen cosas o se superen las conocidas, y veremos en seguida cómo nuestros vecinos empiezan a intercalar hispanismos en el francés, de la misma suerte que en época pretérita: cuando, por ejemplo, la excelencia de los cueros de Córdoba obligó a los zapateros a llamarse *corduannier*, y *cordonnier*.

Justo es decir que, en la actualidad, este empleo de voces extranjeras, más que superioridad de un país sobre otro, refleja el carácter internacional de la vida moderna; el francés toma del inglés, y viceversa, y tales préstamos son compatibles con una refinada cultura.

No puede, en cambio, decirse lo mismo de cierta clase de galicismos, para cuya caracterización no ocurre decir sino que son *frívolos*. La cultura a que hemos

llegado nos obliga a poner en el uso del idioma una consciente escrupulosidad, la cual era natural que no tuviese un español del siglo XIII. No justifica el empleo de aquellos galicismos un mayor deseo de precisión técnica, ni un propósito de referirnos a un nuevo objeto, o a un matiz nuevo, no apreciado por nuestro idioma (por ejemplo, *burocracia*, del francés *bureaucratie*, no es lo mismo que *covachuelismo*, u *oficinismo*, palabras que, además, no figuran en el Diccionario (la «covachuela» u «oficina» no ha tenido en España la acción social que en Francia); ni tampoco se trata de lograr un efecto cualquiera en la sensibilidad del que oye o lee. He aquí un ejemplo de lo que digo. Leo en un periódico: «En Norte América basta acreditar que se es ciudadano extranjero para no ser *enrolado*». El periodista ha leído *enrôlé* en un telegrama del extranjero, e inconscientemente escribe *enrolado* en lugar de «alistado». Esa actitud pasiva, inconsciente, en el que emplea el galicismo *frívolo* es lo lamentable, pues al idioma, repetimos, no son esas cosas las que en último término han de dañarle.

Al oír, hace poco, la lectura del acta en una solemne reunión de diputados, nos martillaba el oído un continuo «es por eso que la asamblea» (= *c'est pour cela que...*) El que tales galicismos de construcción se cometan entre nosotros indica tan sólo que las gentes que escriben o hablan no conocen bien el castellano, y no lo conocen, porque no se lo enseñan. La mayoría de los hombres de pluma han recibido una educación fragmentaria y anárquica, y aun aquellos que hayan participado de la enseñanza pública en sus diversos grados, no han tenido por eso mejor ocasión para familiarizarse con un uso refinado del castellano. No se leen meditadamente nuestros grandes escritores en las escuelas de segunda enseñanza; no escriben los jóvenes, frecuentemente, bajo la vigilancia de escrupulosos maestros. El aprendizaje del propio idioma está abandonado al ciego azar, y así acontece que los que tienen por oficio escribir (y no poseen instintivamente un gran sentido del idioma), al hacer, por

ejemplo, una traducción, se dejan arrastrar servilmente por el idioma extraño, faltos del contrapeso de una severa y sólida educación española. Ahora bien: como el idioma del que más se traduce es el francés, los galicismos invaden la lengua corriente, pasando por la prensa diaria y por las novelas traducidas y redactadas a una miseria la página. Elevemos y dignifiquemos la enseñanza de nuestra lengua, y habremos evitado los más enojosos galicismos, los *frívolos*. En cuanto a los otros, su presencia casi es deseable.

En un próximo artículo miraremos, retrospectivamente, lo que ha sido el galicismo en nuestra lengua, en vista de noticias históricas y de algunos ejemplos.

II

En un precedente artículo decíamos que existen o han existido en nuestra lengua multitud de voces derivadas del francés, y que, a veces, sólo un lingüista puede percibir esa particularidad; el hecho se debe a que tales palabras entraron hace siglos a formar parte del español, y no queda en la conciencia popular ningún rastro de su origen. En semejantes casos, la fonética histórica es el más seguro medio de averiguación que nos es dable utilizar. Nos encontramos, por ejemplo, con una palabra que no puede derivarse, en virtud de los principios fonéticos que rigen la historia de nuestra lengua, de otra latina (o germánica), la cual aparentemente debe ser su etimología. Sea la palabra *jaula*; en latín existe *caveola*, que significaba casi lo mismo. Ahora bien, para derivar *jaula* de *caveola*, tropezamos con que *ca-* del latín da siempre en español *ca-* o *ga-* (*capra* = cabra; *cattus* = gato); en cambio, de *caveola* salen fácilmente *cayuela*, *cayola* y *gayola*, propias del español antiguo; esta última sobrevive en portugués, y en andaluz (con significación algo mudada); incrustada en vascuence hallamos *kayola*; en fin, *cayuela* sólo queda como nombre de lugar (Burgos) o como apellido. Para resolver el problema, hay que saber que en francés *ca-* del latín da *ch* y *ga-* da *ja-*; en latín, junto a *caveo-*

la, debió haber otra forma con inicial distinta: *gaveola*. De esta última se originó *jaiole*, *jaole* (moderno *geôle*, prisión).

Por consiguiente, *jaula* procede del francés antiguo *jaole*, que penetró en la Península y se difundió a costa de las formas indígenas antes citadas, las cuales fueron arrojadas hacia la periferia (andaluz, portugués, vasco), o se conservaron fosilizadas como nombres propios (*Cayuela*).

También la fonética histórica nos enseña que el reproducir la *j* francesa por *j* española es propio de la época medieval (1) del idioma cuando ambos sonidos eran casi iguales; los galicismos modernos reproducen esa *j* por *ch* (*charretera* < *jarretière*; *chaqué* < *jaquete*). Se trata, pues, de una invasión muy antigua de galicismo, en el caso representado por *jaula*. Pero ¿qué condiciones históricas han permitido a palabras del francés medieval introducirse en la Península y aniquilar o arrinconar a las correspondientes españolas? *A priori* podemos decir, recordando lo dicho en el artículo anterior, que eso obedece a influencia de una cultura superior, sobre uno o varios aspectos de nuestra vida nacional.

Expongamos elementalmente algo de esas condiciones históricas, y así daremos un fondo menos árido a estas disquisiciones.

Las influencias sociales que desde los siglos X y XI comenzó a ejercer Francia sobre España se refieren tanto a lo religioso y literario como a lo político y comercial.

Comencemos por un hecho de múltiples facetas: las peregrinaciones a Santiago de Compostela. A principios del siglo IX, se cita la existencia de la tumba del Apóstol, aunque es difícil saber cuándo y cómo dió principio la fábula de que el cuerpo de Santiago había venido milagrosamente a Galicia: únicamente se encuentran leyendas y documentos apócrifos como base de esta grandiosa superchería, centro luminoso en la historia de nuestra civilización.

(1) *Jaula* se encuentra ya en textos del siglo XIII.

Un católico, monseñor Duchesne, ha escrito: «De cuanto se dice acerca de la predicación de Santiago en España, el traslado de sus restos y el descubrimiento de su sepulcro, un único hecho queda en pie: el culto gallego.»

Desde el siglo x, el sepulcro del Apóstol comienza a atraer peregrinos de lejanos países, y, como es natural, de nuestra vecina Francia; las viejas calzadas romanas se pueblan de viandantes, y durante toda la Edad Media, el camino francés o *vía francígena* enlaza el corazón de España con el resto de Europa. Por dos lugares penetraban los peregrinos: por Roncesvalles y Pamplona, o por Somport y Jaca; ambas rutas coincidían en Puente la Reina, y desde allí seguían por Estella, Logroño, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Carrión, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Barbaleda, Leboeiro, Ferreiros y *Santiago* (1). Unos embajadores árabes que en 1108 iban a ver a doña Urraca, encontraron tal número de peregrinos cerca de Galicia, que «apenas quedaba sitio para andar en la carretera». La prosperidad de Santiago no reconoce límites. Su primer arzobispo, Diego Gelmírez (1100-1140), es un verdadero rey de Galicia y aspira a ser primado de las Españas; Alfonso VII se arma caballero en el altar de Santiago, y el pórtico de la Gloria corona bellamente tanta grandeza.

Para eso y para más rendía la fe de los que venían a adorar al Apóstol. Los interesados en el acrecentamiento de Santiago no abandonaron a sí misma aquella corriente mística, sino que la organizaron y fomentaron. A mediados del siglo xii, fué escrito el llamado *Codex Calixtinus*, o más exactamente «Libro de Santiago», que comprende una antología de panegiristas del Apóstol; el relato de sus milagros, la historia de su martirio en Jerusalén y venida milagrosa de su cuerpo en una barca a las costas gallegas, etc.; lo más curioso

para nosotros es la *Guía de los peregrinos* (1), en que se dan detalladas indicaciones sobre los caminos, hospederías, santuarios y reliquias, aspectos curiosos de algunas regiones (por ejemplo, alude a la suciedad y barbarie de los vascos y da unas cuantas palabras de su lengua), etc. Este libro era leído en las iglesias, y especialmente en las de Francia, para excitar el fervor y promover la peregrinación; sus autores eran franceses (2), probablemente monjes de Cluny, que de esa suerte laboraban por el bien de sus instituciones en España.

Y así llegamos a otra gran manifestación de la influencia religiosa de Francia. En el siglo x (910) se fundó en Cluny (Borgoña) una abadía de monjes de San Benito, que pronto adquirió enorme importancia religiosa y cultural. Llegan a España, por medio de los reyes de Navarra; fundan el primer convento en Leyre (1022), y en tiempo de Alfonso VI se extiende por toda la España cristiana. Merced a su acción sobre la disciplina religiosa, disminuyeron un tanto los desórdenes de las costumbres y se afirmaron las laxas relaciones con la Santa Sede. Por otra parte, la severa dependencia del abad de Cluny mantenía viva y constante la ingerencia francesa.

La introducción de la escritura francesa (por otro nombre gótica) en vez de la visigótica española; la sustitución del rito mozárabe (de origen sirio-griego) por el romano; las traducciones e imitaciones de obras francesas, son otras tantas muestras de la actividad de los cluniacenses; a ellos se deben también las cruzadas de guerreros borgoñones contra los moros.

Santiago fué uno de los focos en que se condensó este influjo cultural, sobre todo durante el arzobispado de Gelmírez, cuyo predecesor había sido cluniacense. Aquél enviaba a sus clérigos a estudiar a Francia; estaba rodeado de franceses y aspiraba a organizar su clero como el de Clu-

(1) La leyenda supuso que Carlomagno arregló el camino de Santiago. La *Crónica general* dice de Alfonso VI: «Comprido fué de muchos bienes este rey. Refizo et fizo las puentes que a de Logroño fasta Sant Yague» (pág. 520 b).

(1) *Le codex de Saint Jacques de Compostelle*, publicado por F. Fita y J. Vinson, París, 1882.

(2) V. J. Bédier: *Les légendes épiques*, tomo III, página 90.

ny. Y he aquí cómo en una época, vulgarmente llamada de tinieblas, florecían los más varios intereses sociales, y llegaba un soplo de internacionalismo a rincones de nuestro país, relativamente más aislados del resto del mundo ahora que entonces.

El centro de la Península también recibía política y socialmente influencias análogas a las del noroeste. La corte de Alfonso VI era casi más francesa que española; la reina doña Costanza era francesa, y el flamante arzobispado de Toledo compuesto estaba de franceses. Conquistada esa ciudad en 1085, pensó el rey en dotarla de un arzobispo, y a ese efecto nombró a D. Bernardo; la *Crónica general* de Alfonso X nos da curiosas noticias sobre aquél (1). «Este D. Bernardo electo fuera letrado de su niñez et clérigo; metióse en orden en el monesterio de Aurens de Aux, et tovo la regla de San Benito. Et después desso envio por él don Yugo, abad de Crunniogo [«Cluny»]. Et el rey don Alfonso, queriendo onrrar el monesterio de San Fagund, envió a aquel onrrado don Yugo a rogarle que enviase un varon sabio que usasse de officio de abbat; et assi como en las Galias el monesterio de Crunniogo que es el que más vale allá en Francia, assi este de Sant Fagund fuesse el más onrrado desta Orden en las Españas. Et el abbad de Crunniogo envio al rey don Alfonso este don Bernardo, et el rey estableciol luego por abbad de Sant Fagund; et a poco tiempo fue este don Bernardo fecho electo pora arçobispo et primado de Toledo.»

En complicidad con la reina, D. Bernardo arroja a los moros de la mezquita, con gran enojo del rey; logra que el rito francés prevalezca sobre el mozárabe, y, en fin, para dominar al levantisco cabildo, expulsa a los clérigos españoles y se rodea de paisanos suyos. Y tal hecho es solamente un episodio en la vida social a fines del siglo XI; no hay sino recordar que Alfonso VI casa a sus hijas con los condes Enrique y Raimundo de Borgoña, y que

con el primero se inicia el condado de Portugal.

Tal estado de cosas sigue actuando en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII, y con tal persistencia del influjo francés se concibe que al llegar el siglo XIII, época de esplendor literario, encontremos en nuestro idioma centenares de palabras de origen francés y géneros poéticos calcados en las formas artísticas de más allá del Pirineo.

III

Hemos visto cómo la ingerencia de la cultura francesa en la Península hizo posible la introducción de galicismos en nuestro idioma, ya en épocas bien remotas. Tal influencia, en condiciones y con intensidad diversa, ha seguido actuando sin interrupción a través de nuestra historia, produciendo siempre efectos lingüísticos. Fijémonos ahora en estos últimos para poner término a las presentes disquisiciones. Citaré galicismos de la Edad Media y luego de la época Moderna.

Una de las formas más fáciles de adoptar extranjerismos ha sido siempre la traducción de obras al español. He aquí un curioso ejemplo. En el siglo XIV se tradujo del francés el *Roman de Troie*, uno de cuyos versos dice:

«en maint felon *jaiant* ocist»,

que vuelto al castellano es:

«et mató muchos *jayanes*» (1)

Así pues, la palabra *jayán*, que se encuentra en el *Quijote* y aun se usa en la literatura, es de origen francés y deriva del latín *gigantem*; el ant. *jaiant* ha evolucionado hasta el moderno francés *géant*, pero nosotros guardamos en nuestro vocablo la huella indeleble de aquella forma medieval y de su pronunciación.

Este ejemplo nos demuestra cómo en galicismos antiguos se conserva el diptongo *ai* del francés medieval, pronunciado luego *e* en francés moderno. Hoy se pronuncia *le*

(1) Edición M. Pidal, página 540-41. Abrevio texto.

(1) V. Solalinde: *Revista de Filología*, tomo III, 1916, página 160.

el francés *laid* «feo»; pero en el castellano de la Edad Media se decía *laido*, que además de «feo», significó «triste»:

«Cuando vió sus parientes que tan *laidos* andaban, pesol de corazón.» *Libro de Alexandre* (siglo XIII), copla 593.

En el mismo caso se encuentra *lacayo* (del francés *laquais*), *mortaja* «muesca» (del francés *mortaise*), y varios otros.

Hay palabras que los diccionarios derivan del latín, pero que evidentemente son de origen francés. Así acontece con *perejil*. El latín tomó del griego la voz *petroselinum*, que significaba algo así como «perejil que vive en rocas o piedras», y que en castellano sólo podía haber dado *pedrosolino*, palabra que no existe. En francés antiguo encontramos *perresil*, derivado normalmente de aquella palabra latina (compárese *petra: pierre*), y del francés *perresil* provienen el español antiguo *perrexil* moderno *perejil* y el gallego *prijel*.

Prescindiendo del interés puramente lingüístico, hay en los galicismos vestigios concretos de las condiciones históricas a que aludimos en el artículo anterior. Muy importante para los peregrinos eran los lugares de albergue y hospedería; probablemente a eso se debe el origen francés o provenzal de toda esta serie: *hoste*, *hostería*; *hostal*, *hostalaje*, *hostelero*. La mayoría de estas formas se han anticuado; *hoste* procede del francés *hoste*, y éste, del latín *hospitem*, que en español ha dado *huésped*; *hostal* viene del provenza *hostal* (1), y éste, del latín *hospitalem*, que popularmente (2) sólo podía dar *hospedal* u *hosdal* en castellano. He aquí algunos ejemplos. Léese en *La vida de Santa María Egipcíaca* (siglo XIII):

En Alexandria fué María;
aquí demanda alberguía;
allá va prender *ostal* [«tomar posada»]
con las malas en la cal [«calle»].
Las meretrices cuando la viero,
de buena miente la recibieron.

(1) En francés antiguo es *hostel*, moderno, *hôtel*; esta última palabra ha vuelto a introducirse en español.

(2) Es decir, transmitido oralmente de una a otra generación. No hablemos de palabras doctas que entraron por los escritos.

Y en el citado *Libro de Alexandre*:

Seían cuemo es derecho cada uno con
[su igual;
asi seíen a tablas e mantenién ostal (1).

Quizá se deba a las mismas condiciones que determinaron la introducción de *hoste* y *hostal* el que penetrara aquí una palabra como *jamón*, aparentemente tan española. Ya se encuentra en textos del siglo XIII, como *Alexandre* (manuscrito de París, copla 2.050):

Mandó luego entrar delante los peones,
con destraes agudos e buenos segurones,
dar a los eiefantes, cortarles los *jamones*.

Para probar que esta palabra es un galicismo, hay que emplear idéntico método al que utilizamos en el artículo precedente al estudiar la voz *jaula*. No sabríamos qué etimología dar a *jamón* si no supiésemos que en francés existe *jambon*; ambas son una misma cosa, con la sola diferencia de que *mb* se ha reducido a *m*, según es propio del castellano, el cual, de *palumba*, en latín, ha dicho *paloma*; de *lumbu*, *lomo*, etc. En francés, *jambon* es un derivado de *jambe* «pierna»; de modo que la palabra legítimamente española, en este caso, es *pernil*. La etimología de *jambon*, *jamón* es *gambone*, derivado de *gamba* o *camba*, palabra tal vez celta; de esta última forma (sin mediación del francés) viene *cama*, «pieza del arado» (2).

Otra de las importantes vías por donde se han introducido los galicismos, son los viejos puertos de Castilla. Hay un curioso manuscrito del siglo XIII titulado: «Remembranza de todas las cosas que deben dar peaje en Santander, en Castro d Ordiales, e en Laredo, e en Sant Vicent de la Barquera» (3). El siguiente pasaje da idea de la intensidad del comercio de paños franceses en España durante la Edad Media:

(1) Así se sentaban en la mesa y vivían en el hospedaje.

(2) En leonés *cambizo*; en este dialecto se conserva, el grupo *-mb-* primitivo, pues se dice *llombo*, *lamber*, etc.

(3) Publicado (aunque no muy extensamente, por R. Amador de los Ríos, como apéndice a su obra *Santander*.

«Paños de Gant e de Doay et de Ipre, planos et viados de Ipre reforzados... et paños blancos de Parelíngas et de Lila et de Mosterol planos et de Aboivilla et panos planos de Roan... et de Cambray... et plumas de Amiens. Todos estos paños deben dar de peaje cinco sueldos et tres dineros la pieza.»

Véase, por otra parte, cómo nos ilustra sobre las importaciones francesas en España el libro de *Cuentas de la casa del rey don Sancho IV* (3); entre otras muchas noticias leemos:

«A los doce días de febrero metió al regno Per Picart doce millones de agujas et tres millares de anzuelos para truchas et una grossa [«gruesa»] de grafios de fierro.» Es decir que nuestra dependencia del extranjero en la producción de objetos manufacturados no data de ayer, precisamente. En la lengua quedan rastros de esa influencia comercial; la palabra *gonce* (moderno *gozne*) procede del francés antiguo *gons* (latín *gomphus* «clavija»); *charnela*, del francés *charnière* (latín *cardinaria*), etc.

En fin, hay bastantes más galicismos que proceden de la Edad Media y que sería largo enumerar: *jardín* (en lugar de *huerto*); *sargento*, del francés *sergent*, que deriva del latín *servientem*. De manera que en la Edad Media, *sergente* significaba meramente «criado».

«Sicorio, un buen omne, rico e valiado, avie una *sergenta* que fazie sue mandado.»

Berceo: *Vida de San Millán*.

* * *

Al acabar la Edad Media se amengua notablemente la influencia francesa, lo que no es decir que desaparezca. Los lienzos seguían trayéndose de Francia y del condado de Flandes, según resulta de las Cortes de 1555 (2). La literatura sigue reflejando la presencia de peregrinos, pedigrüños o industriales franceses. «Antes que hiciesen sus paradas, cantaban a bulto como *borgoñones* pordioseros», dice *La*

(1) Según una copia del siglo XVIII del manuscrito del siglo XIII.

(1) Sempere: *Historia del lujo*, tomo II, página 56.

pícaro Justina. El refranero de Correas (siglo XVII) habla de «Un romero *franchute* con su calabaza llena.» Quevedo habla de los franceses que vienen vendiendo peines, cuchillos y baratijas, y en el teatro hay frecuentes alusiones a ello. He aquí una de *Los celos de Rodamonte*, de Rojas Zorrilla.

En el camino encontré
una tropa de gabachos
que iban a la pobre España
de este modo concertados:
la mitad de ellos llevaban
cuchillos, y no sé cuantos
iban a afilar cuchillos.

Muchos de estos cuchillos se hacían en Bois-le-Duc, llamado por los españoles Bolduque; y de aquí el nombre *belduque* que los americanos dan a cierto género de cuchillos. Nosotros nos hemos limitado a llamar *balduque* a la cinta usada en nuestras castizas covachuelas.

De esta época deben provenir *marchante*, del francés *marchand*, muy extendido hoy en Andalucía con el significado de «tratante, negociante»; el andaluz Mateo Alemán aún emplea la palabra castiza *mercante* (1). Las damas del siglo XVII usaban un zapato de alto tacón llamado *ponleví*, derivado del francés *pont-levis*, pues, en efecto, por su forma, aquellos zapatos semejaban a un puente levadizo. Antes de llegar al siglo XVIII, época en que el galicismo adquiere un enorme incremento, habían entrado galicismos bastante crudos en nuestra literatura, lo que demuestra una vez más que no debe pensarse que el gran influjo francés arranca precisamente del reinado de Felipe V. Escribte Bances Candamo, dramaturgo del reinado de Carlos II:

que aunque yo a brida batida
he venido hasta tus plantas
a traerte la noticia (2),

deformando curiosamente la frase francesa *à bride abattue*, y sacrificando el tradicional «a rienda suelta.»

(1) *Guzmán de Alfarache*, edición Rivadeneyra, tomo III, 195, b.

(2) *La restauración de Buda*, edición 1722, página 121.

del galicismo, según acabo de decir; a su estudio debía haber dedicado en realidad el mayor espacio, si no hubiese preferido insistir sobre los aspectos menos vulgarizados de la cuestión. En el siglo XVIII gracias a la dinastía borbónica y a la hegemonía, entonces universal, del genio francés, el galicismo penetró por cien caminos distintos. De esta época datan la mayoría de los galicismos que aun tienen curso entre nosotros; los tecnicismos del Ejército: *batallón*, *retreta* (*retraite*) en vez de *queda*; *brigadier*, *forrajera*, etc.; prendas de vestir: *pantalón*, *chaqueta*; la acentuación *papá* y *mamá*, en vez de la tradicional *papa* y *mama*, arrinconada en los campos. Desde entonces hasta la actualidad, puede decirse que no ha decrecido su vitalidad. Durante el siglo XIX, el galicismo acosa a los escritores. Mesonero Romanos llega a escribir: «un pantalón que designaba la musculatura» (1), por influencia sin duda de *dessiner*. La sintaxis sufre también la influencia: «embajador cerca de la Santa Sede», por recuerdo de «*ambassadeur près de*». Las imágenes, los giros calcados en el francés dan una amplitud al galicismo como nunca la tuvo. Antiguamente se trataba sólo de voces aisladas en mayor o menor número; pero, modernamente, el galicismo ha invadido la zona más delicada y compleja del idioma, y el espíritu purista o académico, con todas sus ridículas pretensiones, será impotente para encauzar esta manifestación del moderno internacionalismo. El remedio a este mal, si es que se trata de un mal, no se logrará nunca con una actitud patrioterica, la más pueril e ineficaz de las que cabe adoptar ante el fenómeno del galicismo.

(1) *El romanticismo*.

REVISTA DE REVISTAS

Revue Pédagogique. — Paris.

MARZO

The Opportunity school.—*La escuela para todo el que llega*, por Wanderpyl-Augé. Esta escuela de nuevo tipo funciona en Denver (Colorado). Es frecuentemente visitada por representantes de otros países y otras ciudades de los Estados Unidos; así como Londres y Tokio, se preocupan de establecer el sistema. Abierta en setiembre de 1916 por la Dirección de las Escuelas públicas de Denver, y administrada como las otras escuelas públicas de esta ciudad, ha llegado a tener 5.000 discípulos. Esta escuela atrae a personas de todas las edades, de todas las razas y de todas las condiciones sociales, porque realiza una idea sencilla, antigua y universalmente admitida, pero tan completamente caída en el olvido, que se la ve renacer aquí con toda la potencia de una idea nueva. Abre sus puertas a todos los que no han podido instruirse, a todos los que no han aprovechado la instrucción recibida, a todos los que, en una palabra, tienen algo que aprender todavía. Cada uno indica lo que desea o necesita aprender, y se le enseñará tan rápidamente como pueda aprenderlo. Abierta todo el día, la escuela no pone condiciones ni límite de edad. Es esencialmente hospitalaria. No solamente todo es gratuito en ella, sino que a los que por falta de tiempo o de dinero no pueden ir a comer a casa al mediodía, les ofrece una abundante comida. La Directora, miss Emily Griffith, el alma de la escuela, es una entusiasta de la obra. Se enseña de todo en la escuela, pero si lo que interesa al que llega no está en el programa, se incluirá en él con tal de que la enseñanza sea práctica y adaptada a las necesidades de la vida. Es curioso que en una ciudad de 280.000 almas, y que no es un centro industrial, la escuela presentase 517 alumnos para el certificado de mecánica automóvil, 165 para los cargos de la administración, 50 jóvenes mecanógrafas, 150 que aprendieron dibujo. El siglo XVIII es, empero, la gran época

mecánico, 906 la taquigrafía y 277 inmigrantes de 20 naciones han aprendido allí a leer y a escribir. Esta es solamente una parte del resultado obtenido. La psicología del comercio es allí enseñada por una mujer experimentada en la materia; hombres eminentes de negocios explican cursos sobre los mejores métodos para lograr el éxito; la clase de cocina cuenta entre sus alumnos amas de casa, cocineras, señoritas próximas a casarse, y hay una clase para los ciegos adultos; la clase de francés era seguida, durante la guerra, por muchos de los soldados que iban a partir para el frente. Un delegado de la escuela está encargado de visitar regularmente a todos los jefes de empresa de la ciudad, para informarse de sus deseos y de sus necesidades desde el punto de vista de la mano de obra. Miss Griffith discute con ellos los nuevos desenvolvimientos. Los procedimientos y la terminología de las diferentes casas, son cuidadosamente estudiados por el personal docente y transmitidos a los alumnos interesados. El sistema de información es de una sencillez perfecta.

¿Es preciso reformar los programas de la enseñanza primaria superior?, por A. Fontaine.—En el momento en que por todas partes se reclama para la escuela una orientación nueva, se plantea como primordial la cuestión de los programas. ¿Deben conservarse los del plan de estudios de 1887? ¿Es preciso introducir algunas modificaciones de detalle? ¿Deben rehacerse totalmente? La opinión pública parece claramente favorable a una medida radical. Pero no bastan actitudes ni críticas generales; es mejor discutir esos programas detalladamente, desde la *sección de párvulos hasta el curso preparatorio*, y esa discusión detenida constituye la novedad de este artículo. Por lo demás, es indudable que la vida moderna ha adquirido un nuevo carácter y ofrece especiales exigencias; esto obliga a una adaptación de la enseñanza a las modernas condiciones, pero el Sr. Fontaine cree que «se llegará dentro de algunos años a realizar el ideal todavía vagamente entrevisto, pero entrevisto, al fin, por los que reclaman reformas.

Pero, ¿se realizará este ideal en los escolares de 6 a 13 años? No; ni el poco tiempo consagrado al trabajo escolar, ni la edad del niño permiten creerlo; sólo la enseñanza de los adolescentes, sin que haya necesidad de rehacer los programas actuales de la enseñanza primaria elemental, elevará el nivel intelectual de la masa y realizará la adaptación a las necesidades de la vida moderna.»—«Así, en tanto que de los 12 a los 18 años acudan los jóvenes a la escuela para completar su rudimento de cultura, conservemos intactos nuestros programas y vigilemos por que no sean *aumentados* o *simplificados* por especialistas, que exigen, en el fondo, de la escuela de mañana, una enseñanza complicada, difusa y pretenciosa, que llevaría a un fracaso desastroso para el país.»

Las escuelas primarias superiores y el reclutamiento de las Escuelas Normales, por D. Levesque.

La reforma de las Escuelas Normales.—Informe del Director de la Escuela Normal de Bouzarèa.—Informe de la Escuela Normal de Lyon.

Notas de Inspección.

Crónica de la enseñanza primaria en Francia (Iniciativas).—Bibliografía.—D. BARNÉS.

ENCICLOPEDIA

TEORÍA DE TURRÓ ACERCA DE LOS ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO (1)

por Alberto Palcos.

.....

En España, como aquí, cualquiera se labrará con relativa facilidad una excelente reputación literaria o periodística, a poco que se lo proponga, trabaje y estudie en ese sentido, quien posea talento y algunos sentimientos artísticos.

Otra cosa sucede en lo atingente a la reputación científica. Pocos son quienes pueden valorarla, y menos todavía los ca-

(1) Extracto de un artículo publicado en la Revista *Ideas*, de Buenos Aires, en el núm. 16, año III.

paces de pregonarla, consagrándola. Por eso, la reputación científica viene impuesta del extranjero, casi siempre de París o Berlín. Las gacetas médicas españolas aun zaherían la personalidad de Ramón y Cajal cuando el viejecito histólogo Kolliker, con sus muchos y laboriosos años a cuestas, se puso a aprender el castellano con el exclusivo objeto de leer en el idioma original las producciones magistrales del eximio investigador español.

A estas horas, el libro del sabio catalán Turró, *Orígenes del conocimiento* recoge los aplausos de la intelectualidad peninsular, después de haberlos cosechado por varios años en los círculos científicos europeos. Antes es muy posible que España ignorase que contaba con tal sabio ilustre y quedara como sorprendida cuando la creciente fama mundial golpeó, insistente, a sus puertas, haciéndole tan grata e inesperada revelación.

Los orígenes del conocimiento es una de las producciones científicas de primera línea publicadas en estos últimos lustros en Europa. En pocos trabajos como en éste se alían tan admirablemente la sólida preparación científica y filosófica, el cariño por las prolijas y pacientes investigaciones de laboratorio, el penetrante ingenio y el talento original para interpretar los fenómenos estudiados.

Los orígenes del conocimiento pertenece al grupo de libros que marcan época, abriendo rumbos a la investigación científica y a la especulación filosófica. Apareció en alemán y en francés con antelación al castellano; en todas partes ha sido saludado como un trabajo de altísimos méritos. Puede constituir el punto de partida de nuevas investigaciones y la base de hipótesis fecundas.

Tarea un poco difícil el resumirlo, siendo en sí mismo un resumen, lleno de datos, de experiencias—muchas ideadas por Turró—, de observaciones agudas, de inferencias sagaces.

Hasta ahora, los psicólogos han buscado el origen del conocimiento en las impresiones transmitidas al cerebro por los órganos de los sentidos, especialmente por los sentidos clásicos; últimamente se ha puesto de relieve el papel fundamental desempeñado por la experiencia motriz y por las impresiones llegadas desde la intimidad de nuestros tejidos (esto es, las sensaciones internas, orgánicas o cenestésicas); se demostró que esas impresiones vagas, confusas, imprecisas forman el cimiento psicológico de la personalidad consciente.....

Turró ahonda aún más el problema; deja de contemplarlo única y exclusivamente con pupila de psicólogo; amplía la visión; escudriña el asunto como biólogo y como filósofo; explora por debajo de las capas donde se han detenido los demás investigadores; analiza el substráctum biológico del conocimiento, y llega así a construir una teoría tan feliz como sencilla y original.

Según Turró, el conocimiento tiene su génesis remoto en el seno de todos nuestros tejidos, en todo el cuerpo. Deriva, originariamente, de la más universal, la más primitiva, la más ineludible e imperiosa de las impulsiones: la que nos manda, la que nos conmina a buscar alimentos: el hambre.

A la luz de las nociones más recientes de la Fisiología y de la Química biológica, el sabio español demuestra que el hambre nace a raíz de la nutrición celular, empobrecedora del medio interno, que origina el reflejo trófico por el cual el organismo, a expensas de sí mismo, restituye al medio interno las pérdidas sufridas; el reflejo trófico se adapta perfectamente, tanto cuantitativa como cualitativamente, a esas pérdidas; ahora bien: «la sensación del hambre es en la esfera psíquica lo que en los dominios de la vida orgánica o vegetativa el reflejo trófico»; cuando el organismo no satura espontáneamente las deficiencias experimentadas por el medio interno, la excitación provocada por esas deficiencias abandona el circuito del reflejo, toma la vía de los centros superiores y aparece entonces la sensación del hambre consciente.

El hambre no es una impulsión vaga que nos fuerza a comer; es una suma de hambres específicas que nos mueve a buscar determinadas clases y cantidades de alimentos, necesarios en el metabolismo orgánico; si el medio interno reclama grasas, hidratos de carbono o proteínas, el animal trata de encontrar grasas, hidratos de carbono o proteínas en la justa medida en que esas sustancias son necesarias para saldar el déficit motivado por la nutrición celular. Es así como la gallina va en busca de la cal exigida por sus tejidos, y como el niño de teta «se asigna su ración de leche como no se la sabría tasar tras un trabajo impropio el químico más eminente». Esta explicación permite, por lo pronto, eliminar la hipótesis absurda de misteriosos y providenciales, «instintos» electivos y atribuir la selección de alimentos al quimismo celular, cuyas impresiones son específicamente diferenciadas en los centros que la reciben.

El hambre consciente aguijonea al animal; lo mueve a proveerse de los alimentos reclamados por el organismo, «como una fuerza que lo impulsa a trascender sobre el mundo exterior con el designio manifiesto de asimilárselo». El reconocimiento de los alimentos, y hasta el de la mama, no es instintivo: es un aprendizaje. El polluelo parece ciego en las primeras etapas de su vida; «empieza a darse cuenta de que sus imágenes visuales corresponden a cosas externas a medida que, por medio de sus movimientos, va apreciando que esas cosas calman su hambre». «El recién nacido, como el perro cachorro, va hacia el exterior con la inconsciencia del que no sabe todavía qué cuerpos son los que le aprovecharán y calmarán sus ansias tróficas. El primero succiona con la misma avidez la yema del dedo que se insinúa en sus labios que el pezón materno; el segundo hunde con la misma violencia el hocico hambriento en la almohada que se le presenta que en la blanda mama». Luego, después de repetidas experiencias, el animal liga la sensación del hambre que sufre a determinadas impresiones ópticas, gustativas, olfativas, etc., que la satisfacen. Comienza

a diferenciar los alimentos de los que no lo son, y a los alimentos entre sí; ya no incurre en burdas confusiones; se dirige directamente al alimento que anhela ingerir. Aprende, pues, a conocer los alimentos, gracias a la conexión que se establece entre los centros psicotróficos y los centros de sensibilidad externa. Mediante aquéllos, recibe la impresión del hambre; mediante éstos, distingue los alimentos que la aplacan. Tenemos constituida así la *experiencia trófica*, «por medio de la cual sabemos qué cuerpos son los que, trasportados del mundo exterior al seno del organismo, saturan tal deficiencia sustancial y no tal otra».

Infiérese de lo que llevamos dicho que *antes de que existan los procesos de la sensibilidad externa existen los procesos tróficos*, denunciadores de que al organismo le falta algo, y sólo en segundo término aprendemos, por agencia de los centros de sensibilidad externa, en qué consiste ese algo.

La originalidad de Turró radica en haber revelado esta estrecha vinculación entre la sensibilidad trófica y la sensibilidad externa, artificialmente escondida por todos los fisiólogos, quienes dividen el mundo de cada ser vivo en dos mundos separados, incomunicables: de una parte, el mundo interior orgánico—mundo de la vida vegetativa—, y de otra parte, el mundo exterior, asiento de las altas funciones psíquicas—mundo de la vida de relación—, haciendo del ser que come y del ser que piensa dos sujetos que nada tienen que ver entre sí. La teoría de Turró restablece la unidad fragmentada del sistema nervioso, demostrando cómo el ser que piensa tiene su génesis en el ser que come.

La *noción de lo real* nace igualmente del mismo proceso.

«Si el animal ignorase que se alimenta, su inteligencia no llegaría a saber nunca que lo real existe», escribe Turró. Si no fuera por el impulso trófico, el animal carecería del acicate que lo conduce a conocer el mundo exterior y, en consecuencia, la realidad circundante. Poco después, el ser vivo hace otra inferencia: nota que los

mismos signos sensoriales que le revelan la porción del mundo exterior que primero conoce—vale decir los alimentos—es lo que calma su hambre, e incorpora a su intelecto otra noción fundamental: *la noción de causalidad*. Advirtiéndole que al captar una parcela de alimento que percibió antes con sus sentidos, e introduciéndola en el canal digestivo, satisface el hambre, el ser vivo tiene la convicción, más aún, la certeza, de que las imágenes sensoriales no son ni ilusiones ni fantasmagorías, sino que corresponden a cosas exteriores existentes. Y nunca se le ocurre dudar de la realidad del mundo exterior. Sólo en los dominios de la Filosofía, los escépticos se permiten negar aquella realidad a base de razonamientos elevados y sutiles. Mas en el mundo de la vida práctica, diaria, esa negación no es posible, porque al comer no se puede dudar que se ingiere algo real y concreto, y no fantasmas imaginarios o un haz de vaporosas ilusiones...

Con el hambre, pues, surgen a la vida los primeros brotes, diremos así, de la inteligencia, y adquirimos el conocimiento de nociones fundamentales, como las que se refieren al espacio, lo real, la causa.

Vemos cómo Turró, penetrando en los arcanos de lo biológico, nos conduce, pisando en todo momento terreno firme, a la cima de lo filosófico, y nos alumbra inesperadamente con la claridad de los métodos rigurosamente positivos y experimentales, un problema colocado, a primera vista, fuera de la esfera científica y muy lejos de todo alcance experimental. Y la fórmula filosófica que desentraña de sus investigaciones es mucho más exacta, duradera e inmovible que la que pudiera obtenerse explorando únicamente la faz filosófica del problema. *Como, luego soy*; en esta frase compendia Unamuno—en el jugoso prólogo que compuso al libro de Turró—la fórmula susodicha, que, desde luego, es más verídica que la famosa de Descartes. Turró, con su obra, demuestra prácticamente una vez más la solidaridad que hermana las ciencias con la Filosofía y la alta conveniencia de empaparse bien en lo científico antes de remontar el vuelo en

las amplias y espléndidas regiones de la Filosofía. No es que se desdeñe lo metafísico; «el problema metafísico — afirma Turró — subsistirá eternamente mientras en el linaje humano existan hombres superiores»; pero lo metafísico se reviste de otra significación, adquiere un sentido novedoso y profundo.

«Es el doctor Turró—dice Unamuno—catalán, de la tierra misma que nos dió a Balmes y a Llorens, heraldos en su tiempo de una filosofía de sentido común, algo a la escocesa, pero de vuelo cobarde y rastrero. Aquella filosofía catalana era muy *terre à terre*, que se diría en francés, muy pegada al suelo. Mas Turró ha tenido el acierto de meterse bajo el suelo, de enterrarse, digámoslo así, en el suelo de la realidad, de zahondar en su sustancialidad, y así, en fuerza de terrenalidad, de realismo, analizando el hambre creadora del conocimiento, ha llegado a una interpretación del origen psicológico de éste, del conocimiento, que abre perspectivas filosóficas que aquéllos no alcanzaron. Y es que, ahondando bajo el suelo, se llega al cielo mejor que volando a ras de él con vuelo de gallina». De nuestra parte agregaríamos: «y mejor que quienes quieren llegar al cielo sin tocar el suelo, partiendo de las nebulosas».

La teoría de Turró está preñada de consecuencias de todo orden, que convendría fueran desarrolladas por el mismo sabio. Unamuno, por lo pronto, encuentra en ella similitudes con la teoría que acerca del amor—insaciable «hambre de la especie»—expusiera en ese libro curioso, sesudo como pocos y desolador, que se llama *Del sentimiento trágico de la vida*. A su turno, Nietzsche leería en las páginas de *Los orígenes del conocimiento* la confirmación detallada y experimental, de aquella su rotunda sentencia, de que se piensa con la sangre, con todo el cuerpo.

Tal vez el libro que nos ha sugerido estos comentarios estimule la afición por los estudios científicos y filosóficos, y concurra poderosamente a acentuar en España la corriente de ideas francamente positivas, ideas que aquella nación siempre se sintió

algo remisa en aceptar y cuya difusión sería tan útil para producir la renovación hispánica, ardientemente anhelada por sus masas laboriosas, por sus mejores pensadores y por todos los hombres modernos del globo.

INSTITUCION

IN MEMORIAM

—

DON FRANCISCO (1)

por J. B. T.

El gran nombre y la inspirada personalidad en la moderna educación española es la de D. Francisco Giner de los Ríos. La mejor manera de presentarle es la del ensayo de «Azorín»; había ido de excursión a la sierra del Guadarrama, y estaba sentado en una roca, tomando su merienda—un pequeño anciano, la mirada centelleante, vestido con gran sencillez—. ¿Cuál era su filosofía? Se basaba meramente en el amor a la vida y en el respeto hacia ella. Tenía más interés por los hombres que por la mera cultura. En la segunda mitad del siglo XIX existía entre los pensadores españoles una actitud respecto a la vida, de la cual Giner era, si no el creador, en cierto modo, su jefe representativo. Se le dió el nombre de krausismo, pero las personas que adoptaron esta actitud no eran realmente discípulos de Krause. Sus trabajos no eran tanto una pauta como una inspiración; realmente, muchas de las cosas que Krause dijo habían sido ya dichas antes por antiguos escritores españoles. Por otra parte, el krausismo, tal como era practicado por D. Francisco Giner y sus discípulos, no era una filosofía; era tanto una forma de conducta como de pensamiento; era una manera de sentir frente a la vida. Su resultado tangible fué la fundación de la Institución Libre de Enseñanza.

Había algo muy anglo-sajón en la actitud

(1) Carta publicada en el número de *The Athenaeum*, de Londres, correspondiente al 16 de abril de 1920.

de Giner. En cualquier contingencia, ante un problema de pensamiento o de conducta, la cuestión era no tanto ¿Cuáles son las posiciones teóricas del caso?, como ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente a él? ¿Qué debemos hacer? ¿Y qué debemos hacer primero? Abrid vuestros ojos—decía Don Francisco—, mirad a vuestro alrededor y apoderaos de todos los aspectos de la cosa. No actuéis precisamente bajo el primer impulso, no vayáis demasiado aprisa. «Aguzad vuestro entendimiento, hombres, aguzad vuestro entendimiento.» Comprendió que estas virtudes prácticas no eran ajenas a sus coterráneos, pero vió que algo—mala educación, mala dirección, misticismo (o lo que quiera que sea)—les había hecho retroceder. Un ejemplo de este modo de pensar poco práctico ocurrió no hace mucho en Madrid: Una muchacha que salía de la iglesia fué alcanzada por un tranvía y quedó debajo de él. El conductor parece que llevaba demasiada velocidad, y la furia de la multitud se desató; lo golpearon y rompieron los cristales del tranvía. Entonces, alguien sugirió que convendría traer un gato para tratar de extraer a la pobre muchacha de debajo de las ruedas. Hacía ya mucho tiempo que se hubiera podido levantar el tranvía, y todo auxilio llegaba ya demasiado tarde. Este es el género de cosas que habrían enfurecido a D. Francisco; éste no hubiese tolerado tal tipo de mentalidad, que cree más importante castigar al conductor por su acto que tratar de salvar a la víctima. Esto sería confundir una sombra con lo sustancial; ignorar el lado práctico e inmediato de las cosas.

No sería oportuno criticar las opiniones de Giner desde el punto de vista de un filósofo doctrinario y suponerle una persona anticuada porque creyese en el krausismo. Su opinión sobre la vida era más bien una manera que una filosofía; encarnó en la Institución Libre de Enseñanza. Realmente, apenas hay exageración al decir que las cosas en la España moderna que un extranjero puede mejor aprobar y admirar son debidas a los principios y ejemplos de esta Escuela libre. La literatura, el

arte, la educación, han sentido el soplo del resurgimiento, y hasta los políticos han dejado sentir su influjo. Gradualmente, en los últimos 30 años, el influjo de este pequeño grupo de pensadores y maestros se ha extendido por toda España. El espíritu de la Institución Libre, que es como decir el espíritu de Giner, determinó la dirección del grupo de escritores, conocido por «la generación de 1898». Hizo revivir el interés por la Naturaleza, y, en consecuencia, por el paisaje y aspectos de España; renovó la pintura española en las obras de Sorolla, Zuloaga y otros; condujo a un nuevo examen de los valores literarios tradicionales. La gente lee realmente hoy a los antiguos poetas en lugar de charlar sobre ellos o aceptarlos meramente, y en especialidad, mientras el resto de Europa ha estado entregado a la destrucción, todo esto ha conducido a la publicación de ediciones de clásicos castellanos, admirablemente formadas, editadas con real conocimiento de la literatura y en condiciones económicas sorprendentes, y hasta en las maneras, en el vestir y en el aseo, no es, en modo alguno, caprichoso descubrir, como hace «Azorín», algo del influjo y la personalidad de D. Francisco Giner.

D. Francisco, como la mayoría de los pensadores en los países extranjeros, estaba profundamente impresionado por el espectáculo de la Inglaterra de Gladstone, y en 1884 vino aquí a la Conferencia Internacional de Educación. Se enteró de los fines y procedimientos de los educadores ingleses, y a su regreso a España trató de introducir los métodos ingleses en las escuelas españolas. Pero los antiguos partidos españoles se levantaron a una contra él. En 1876, Giner y varios otros habían sido expulsados de sus cátedras a causa de sus opiniones heterodoxas, y las Autoridades, viendo claramente que el sistema inglés era contrario al principio de autoridad y a todas las ideas medievales en que todavía creían, realizaron cuanto les fué posible para hacerle obstrucción en su camino. Giner, sin embargo, estaba preparado contra ellos; mientras parecía al principio aceptar la situación, él y sus amigos

planeaban y trabajaban, y, al fin, después de modestos comienzos, la Escuela libre tomó forma y ganó en importancia y prestigio. Libre, en esta relación, no significa que la instrucción fuese dada gratuitamente; la Institución era libre muy desde el principio, con respecto a la inspección y control del Gobierno y de la Iglesia, y por esta razón prosperó extraordinariamente.

Dió una firme posición al individualismo; favoreció a la Ciencia, que hasta entonces había sido poco estudiada en España, y fundó laboratorios, hasta aquella época desconocidos en la Península.

Giner comprendió que el problema del progreso nacional español estaba indisolublemente unido al problema de la educación, y la educación, a su entender, debía ser estudiada como un problema humano y no como meramente nacional. Pidió auxilio a todas autoridades en educación de Europa. La idea de las excursiones escolares procede de París; se informó de la mayor parte de los importantes medios con los que los alemanes estaban reorganizando su propio sistema, pero nunca se cansaba de agradecer y de cumplimentar a los ingleses por la simpatía y buena voluntad que habían mostrado hacia él y el grande y verdadero interés que sus amigos ingleses habían siempre tomado en sus empresas. D. Francisco insistía en que sus alumnos viajasen. Entre los que llegaron a tener un conocimiento íntimo de la vida inglesa estaban Riaño (quien escribió un pequeño libro sobre música española y la guía de las colecciones de arte doméstico español en South Kensington) y Cossío.

Acta de la Junta general ordinaria de Sres. Accionistas celebrada el día 28 de mayo de 1919.

Reunidos en el local de la Institución los Sres. Accionistas que al final del acta se expresan, bajo la presidencia del señor D. Adolfo G. Posada, Vicepresidente de la Junta directiva, por ausencia del Sr. Presidente, se leyó la lista de los socios presentes y representados, que suman un to-

tal de 116 votos hábiles.—El Sr. Secretario dió lectura del acta de la sesión anterior, celebrada el día 26 de mayo de 1918, y fué aprobada.—En cumplimiento del artículo 14 de los Estatutos, que dispone que «todos los años se reunirá la Junta general para conocer el estado de la Asociación, examinar y aprobar las cuentas que le presente la Junta directiva, elegir tres de los Vocales de ésta y aprobar las medidas conducentes al progreso de la Fundación», el Sr. Secretario procedió a dar lectura de la Memoria correspondiente al año transcurrido desde la Junta general anterior.

Abierta discusión sobre dicha Memoria, el Sr. Cossío explicó a los Sres. Accionistas el plan elaborado por la Junta facultativa para dar alguna solución al problema nuevamente presentado en la Memoria última, como venía presentándose en las anteriores, referente al conflicto que algunas familias piensan que existe por incompatibilidad entre la asistencia de sus hijos mayores a todas las clases de la Institución y su preparación para los exámenes del bachillerato. En virtud de este plan, los alumnos de que se trata asistirían desde luego a ciertas clases normales de la Institución y se les ofrecerían otras especiales, no de preparación para el bachillerato, sino para su formación y cultura, para de este modo conseguir el que todos ellos siguieran recibiendo el influjo de esta casa el mayor tiempo posible. Intervienen los Sres. Salto y Sela, ofreciéndose a colaborar en el plan expuesto.

Por último, a propuesta del Sr. Cossío y con la aprobación de todos los Sres. Accionistas presentes, se hace constar en el acta el sentimiento de la Asociación por la pérdida del profesor D. Pedro Dorado Montero, que, sin ser miembro oficialmente de la Institución, ha sido siempre en sus libros y en sus enseñanzas un gran entusiasta de nuestra obra.

El Sr. Marqués de Palomares dió cuenta de haberse llevado a cabo las trigésimasegunda y tregésimatercera colonias de vacaciones organizadas por la Corporación de Antiguos Alumnos, con el mismo excelente resultado que las anteriores. Asimismo

comunicó a la Junta haber sido designado, como Presidente de la Corporación de Antiguos Alumnos, miembro del Jurado para la adjudicación del premio Achúcarro.

El Sr. Secretario puso en conocimiento de la Junta el haber sido cedidas a la «Fundación Giner de los Ríos», por las señoras viuda e hija de D. Carlos Velasco, veinticinco acciones, números 713 a 737, ambas inclusive, de que eran propietarias. El Sr. Portuondo Eizaguirre comunicó también a la Junta la cesión a la misma «Fundación Giner de los Ríos» hecha por su señor padre D. A. Portuondo y Barceló, de las acciones números 365 y 366. Y que él, a su vez, cede a la misma entidad las que tienen los números 588, 589 y 594, de su propiedad.

Procedióse después a la elección de tres de los Vocales de la Directiva, para que ésta quede constituida según dispone el artículo 6.º, y correspondiendo salir a D. José Manuel Pedregal, Sr. Marqués de Palomares y D. Pablo de Azcárate, se acordó por unanimidad su reelección.

La Junta eligió después a los Sres. Accionistas D. Manuel Fernández Giner y D. Antonio Portuondo Eizaguirre para que formaran la Comisión inspectora de las cuentas correspondientes al año económico de 1918 a 1919.—Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión, de que es acta lá presente, que firmo, con el V.º B.º del Vicepresidente, en Madrid, a 29 de mayo de 1919.—V.º B.º: El Vicepresidente, *Adolfo G. Posada*.—El Secretario, *Leopoldo Palacios*.

Nota leída en la Junta general de señores Accionistas celebrada el día 28 de mayo de 1920.

En cumplimiento de lo dispuesto por nuestros Estatutos, debe esta Secretaría comenzar dando cuenta de la marcha, durante este curso, del plan de estudios de nuestros alumnos, de las modificaciones que su desarrollo haya sugerido a la Junta facultativa y, por último, de la situación económica de la Institución.

Pero este año se nos impone, ante todo, el triste deber de comunicar a la Junta la dolorosa pérdida que la Institución ha sufrido con la muerte de uno de nuestros más antiguos, más eficaces y más valiosos profesores: D. Edmundo Lozano. Ocurrió su muerte apenas concluido el pasado curso. Nuestro BOLETÍN ha consignado ya no sólo el dolor que su pérdida ha causado en esta casa, sino el valor de «aquella labor suya, callada, constante, renovadora, fruto de tan segura formación científica, y de un instinto artístico inagotable para su función».

Fué maestro de muchos de los actuales maestros de la Institución. «Comenzó aquí sus enseñanzas en 1879, con los cursos de Física y Química, que fueron siempre los estudios de su especialidad, y el carácter experimental de sus procedimientos y métodos perdura en nuestros actuales profesores... Tenía, además, grandes aficiones artísticas, y gracias a ellas, vino a ser una de las fuerzas que más han contribuido a crear y mantener en la obra de la Institución una de las características de ésta: la educación estética.

»Dirigió innumerables excursiones a nuestras ciudades monumentales; sus claras explicaciones técnicas, sus observaciones, la misma sugestión de sus dibujos sinceros y deliciosos apuntes, despertaron en muchos sus mismas aficiones predominantes, y en todos el interés y el sentimiento por el arte. El influjo de su obra trascendió de la Institución. Sus libros sobre la Metodología de las Ciencias físico-químicas son únicos en nuestro país, y el publicado por el Museo Pedagógico Nacional sobre la «Enseñanza de la Química en la Escuela», está renovando la enseñanza elemental de esta ciencia.»

Nuestra Junta general se asociará seguramente al sentimiento con que la facultativa acompaña la memoria de este querido profesor.

Debemos también dedicar un sentido recuerdo a otro colaborador en nuestro trabajo, que lo ha sido desgraciadamente por poco tiempo, pero que puso en la obra su mejor voluntad. Me refiero al maes-

tro del taller de carpintería, D. José Soriano.

Por último, fuera del profesorado, pero en el seno de esta Asociación, hemos de señalar otra lamentable pérdida, la del accionista D. Tomás Rodríguez y Rodríguez. Como todos sus hermanos, y muy especialmente nuestro inolvidable don Constantino, que tanto tiempo colaboró en esta Junta directiva, D. Tomás, durante varios años seguidos contribuyó con sus donativos a los gastos de nuestra enseñanza, y al morir consignó en su testamento un legado de 5.000 pesetas a la Institución, hecho ya efectivo por esta Secretaría, y libre de gastos por la generosidad de sus testamentarios.

Digamos ahora sumariamente cómo ha venido desarrollándose este curso.

La organización de las clases y el programa de enseñanzas iniciados a fines del curso de 1917 a 1918, proseguidos durante el de 1918 al 1919 a satisfacción de alumnos y profesores, se ha repetido en lo que va del curso actual, confirmándonos en sus ventajas.

El perpetuo problema de que todos los años venimos haciéndonos eco en esta Memoria, referente al conflicto entre el tiempo que exigen nuestras clases y el que creen necesitar algunos de nuestros alumnos mayores para su preparación del bachillerato ha disminuído considerablemente de importancia. Sólo cuatro de los alumnos de la Sección superior han considerado imprescindible para sus trabajos de exámenes dejar de asistir de un modo normal a nuestras clases.

En las demás Secciones no se ha señalado ninguna baja en la matrícula.

En cuanto a las Secciones de párvulos, únicas por donde debe hacerse el ingreso de nuestros alumnos, el aumento de éstos ha sido tan considerable, que impone la necesidad de una subdivisión de la clase de los más pequeños. Tuvo ésta veintiocho matriculados en el curso anterior, y ha llegado en el actual, a tener cuarenta y seis. Tal división no será difícil en el próximo, porque la que es actualmente Sec-

ción 4.^a, ya hoy tan reducida, podrá organizar sus trabajos en una forma más libre, más personal, sin la constante intervención y auxilio de todo su profesorado, que dispondrá, por tanto, de tiempo utilizable que dedicar a las demás Secciones.

Durante el curso actual la Institución ha inaugurado el 18 de febrero—añosario de la muerte de su fundador—una *Biblioteca circulante* para sus alumnos de las Secciones superiores (2.^a, 3.^a y 4.^a). La Biblioteca se ha abierto con un modestísimo fondo, formado con un libro ofrecido por cada uno de los alumnos de dichas Secciones, y por donativos análogos de algunos de los alumnos recientemente salidos de la casa, y de los profesores: en total, setenta y siete obras. Este primitivo fondo ha ido acrecentándose por donaciones de alumnos y antiguos alumnos, de algunos amigos de la Institución, y de los profesores. El número de obras ascendía en 30 de abril a 230. La admisión de cada libro es autorizada por un profesor. La Biblioteca está dirigida por los mismos alumnos, los cuales han nombrado un Comité (presidente, secretario y tesorero) y encargado a dos compañeros del servicio de préstamo de libros (los primeros de estos bibliotecarios funcionaron los meses de febrero y marzo, los actuales cesarán a fines del presente curso). Para los pequeños gastos de sostenimiento de la Biblioteca, los niños pagan ahora 25 céntimos mensuales (los dos primeros meses, la cuota fué sólo de diez céntimos), y con igual cantidad contribuyen los antiguos alumnos que la utilizan y los profesores, y con 10 pesetas la C. A.

Al final de curso, el Comité directivo publicará una pequeña circular exponiendo detalladamente el movimiento de la Biblioteca desde que empezó a funcionar. Visto el resultado satisfactorio de este primer ensayo, la Institución se propone abrir en octubre próximo una nueva biblioteca destinada especialmente a las dos Secciones inferiores, con una sección de libros de láminas para los más pequeños. Estará igualmente dirigida por alumnos de estas Secciones, ayudados por sus profesores.

Pasemos ahora a informar a los señores Accionistas de nuestra situación económica actual, según los resultados de las cuentas que la Junta directiva presenta a su aprobación, después de haber sido ya visadas por la Comisión especial, y además, del presupuesto que ha de regir en el próximo curso.

Debemos empezar con la exposición de los resultados de la

Liquidación del presupuesto de 1918 a 1919.—La cuenta general de este ejercicio ofrece, de 1.^o de junio de 1918 a 30 de junio de 1919, los resultados siguientes:

Total de ingresos, 33.756,81 pesetas; ídem de gastos, 27.670,69 pesetas. El sobrante en caja el 1.^o de julio de 1919 es de 6.086,12 pesetas.

El pormenor de esta liquidación y su comparación con las cantidades presupuestas es como sigue:

A.—INGRESOS.

Ingresos calculados.

	Pesetas.
Matrícula.....	12.000
Alquileres.....	1.500
Donativos.....	1.200
Intereses del legado Valle.....	2.560
Ídem del legado de D. Constantino Rodríguez.....	2.182
TOTAL.....	<u>19.442</u>

Ingresos realizados.

Sobrante del año anterior.....	9.264,43
Matrícula.....	13.945
Alquileres.....	1.500
Donativos.....	4.317,50
Intereses del legado Valle.....	2.560
Ídem del legado Constantino Rodríguez.....	2.169,88
TOTAL.....	<u>33.756,81</u>

B.—GASTOS.

Gastos calculados.

Personal facultativo.....	10.440
Ídem administrativo.....	500
Ídem subalterno.....	2.850
Gastos generales y material.....	1.500
Contribuciones.....	2.396

	Pesetas.
Seguro de incendios.....	70
Luz eléctrica.....	125
Consumo de agua.....	350
Obras e imprevistos.....	1.411
TOTAL.....	19.442

Gastos satisfechos.

Personal facultativo.....	11.440
Idem administrativo.....	300
Idem subalterno.....	2.370
Gastos generales y material.....	2 659,19
Contribuciones.....	2.458,55
Seguro de incendios.....	72,05
Luz eléctrica.....	146,76
Consumo de agua.....	454
Obras e imprevistos.....	7.770,14
TOTAL.....	27.670,69

La diferencia entre los ingresos realizados, 33.756,81 pesetas, y los gastos satisfechos, 27.670,69 pesetas, es el sobrante de 6.086,12 pesetas, que entra a figurar en los ingresos del presupuesto en ejercicio de 1919 a 1920.

Presupuesto vigente de 1919-1920.

La cuenta general del ejercicio corriente se presenta cerrada en 20 de mayo actual, con los resultados provisionales hasta esta fecha. Estos resultados, que han de completarse con los del período de ampliación, que termina el 30 de junio próximo, son los siguientes:

A.—INGRESOS.

	Pesetas.
Sobrante del año anterior.....	6.086,12
Matrícula... ..	12.790,50
Alquileres.....	1.250
Acciones, donativos y otros conceptos.....	6.259
Intereses del legado Valle.....	2.560
Idem del legado Constantino Rodríguez.....	2.156,80
TOTAL.....	31.102,42

B.—GASTOS.

Personal facultativo.....	10.180
Idem administrativo.....	250

	Pesetas.
Personal subalterno.....	2.150
Gastos generales y material de enseñanza.....	2.347,44
Contribuciones.....	2.735,26
Seguro de incendios.....	32,15
Luz eléctrica.....	124,08
Consumo de agua.....	345,30
Obras e imprevistos... ..	4.652,65
TOTAL... ..	22.816,88

Los ingresos durante los meses que van del curso actual indican que habrá un aumento sobre lo calculado en nuestra Memoria del año anterior. Este aumento corresponde, en parte, a ingresos por matrícula, puesto que, habiéndose realizado ya la suma de 12.790 pesetas, y quedando por cobrar aún parte del mes actual y todo el mes de junio, excederá este concepto de las 14.000 pesetas, y no eran más que 13.000 las calculadas. En parte, también obedece el aumento al capítulo de ingresos por acciones, donativos, etc., que había sido calculado en 1.356 pesetas, y que ha alcanzado la cifra de 6.259 pesetas, y todavía en el período de ampliación tendrá un aumento mínimo positivo de 225 pesetas; es decir, que alcanzará en el año la cifra de 6.480 pesetas. La mayor parte de este aumento corresponde al legado de D. Tomás Rodríguez, de que ya hemos hablado anteriormente. Los otros conceptos del presupuesto de ingresos, «alquileres» y «legados Valle y Constantino Rodríguez», como son cifras fijas, no han tenido variación alguna.

En cuanto a los gastos, la Junta directiva, teniendo en cuenta la buena marcha que presentaban los ingresos, acordó algunos pequeños aumentos en el personal facultativo, especialmente de párvulos. Así, en vez de las 11.790 pesetas presupuestas, van ya satisfechas 10.180, y al terminar el curso se habrán satisfecho 13.110 pesetas; es decir, un aumento de gastos de 1.320 pesetas. Y téngase en cuenta que la escala de los sueldos mensuales no ha pasado de las 105 pesetas como máximo. En las nóminas del personal administrativo y subalterno no ha habido variante al-

guna. El concepto de gastos generales y material de enseñanza lo ha tenido bastante grande, cosa muy explicable, por la subida de precios, no sólo en los materiales para los Laboratorios de Física y Química, cuya consignación ha sido preciso duplicar, sino también para el de las clases de carpintería, cartonería y dibujo. Las variantes en los gastos de «luz eléctrica» y «consumo de agua» apenas son apreciables. En cambio, el capítulo de «contribuciones» acaba de tener, en el trimestre actual, una subida, que nos obliga a calcular para el año próximo un aumento de consideración; el impuesto de derechos reales por personas jurídicas, por el que pagábamos 283 pesetas, ha subido a 496; la cuota por contribución industrial también ha subido, de 173 pesetas, a 259, en este trimestre. Por último, en «obras e imprevistos», se habían calculado 1.400 pesetas y se han gastado 4.652. La diferencia en más de 3.252 pesetas corresponde: primero, a la devolución de las 2.700 pesetas del anticipo reintegrable que la «Fundación Francisco Giner» hizo a la Institución para pago de obras; segundo, a los gastos del apeo del Pabellón Soler para colocar nuevas basas en los pies derechos; tercero, a la reconstrucción de las dependencias de aseo de los niños, y cuarto, a la compra de leña para la casa-refugio de la Sierra del Guadarrama.

En resumen: teniendo en cuenta las expresadas cifras de ingresos y gastos del presupuesto vigente hasta el 20 del mes actual, podemos asegurar que, aun a pesar de los aumentos consignados en algunos capítulos de los gastos, la marcha económica de la Institución ha sido favorable en este curso, y nos permite la completa confianza de que al cerrar el período de ampliación en nuestro presupuesto el día 30 de junio, habrá un superávit, que nos consentirá atender a los gastos del personal administrativo y subalterno, al de las contribuciones y al de algunas obras de reparación, que será preciso llevar a cabo durante el período de vacaciones.

Antes de terminar este capítulo de la vida económica de la Institución, la Se-

cretaría cumple gustosa el encargo de comunicar a los Sres. Accionistas dos noticias muy significativas de las simpatías que nuestra obra despierta bien espontáneamente en personas alejadas de esta labor, o completamente desconocidas de este círculo, noticias ambas favorables para el aumento de nuestros ingresos.

Es una la disposición testamentaria de D. Vicente Calderón y Arana, el hermano menor de nuestro inolvidable amigo y profesor D. Alfredo, que tanta intensa luz repartió en nuestro país con libros y artículos, y de los profesores D. Salvador y D. Laureano, que tanto honraron la Universidad española.

D. Vicente Calderón y Arana falleció en Madrid el día 26 de junio de 1919, y en testamento, otorgado por él mismo ante el notario de esta corte D. Federico Planas y Pellisa en 21 de abril de 1913, las cláusulas 5.^a y 6.^a dicen:

«5.^a Del resto de todos sus bienes instituye y nombra por su heredera a la Institución Libre de Enseñanza de esta corte, en plena propiedad y dominio.

»6.^a Nombra y designa por sus albaceas testamentarios contadores partidores de sus bienes a los Sres. D. Francisco Giner de los Ríos y D. Manuel Bartolomé Cossío, vecinos de esta corte, los cuales, juntos o separadamente, ocurrido que sea el fallecimiento del testador, se harán cargo de todos sus bienes, los administrarán durante la herencia yacente, cobrarán los que se le adeudaren, pagarán lo que deba y practicarán las operaciones de su testamentaria, extrajudicialmente, prorrogándoles el plazo legal del albaceazgo por el tiempo que consideren preciso para cumplir su encargo.»

Enterado el albacea Sr. Cossío del fallecimiento del Sr. Calderón, acudió al abogado D. Antonio Portuondo Eizaguirre, accionista de la Institución, y que ya en otras ocasiones ha intervenido con toda solicitud en asuntos de esta casa, y le rogó se encargase de la tramitación necesaria para el cumplimiento de la voluntad del testador. Esta tramitación ha sido larga y laboriosa, porque los bienes que constitu-

yen la herencia son varias partes de una casa en Madrid, sita en la travesía del Conde Duque, número 7, y de esta casa hay varios condueños, cuya documentación ha sido necesario poner en regla. Hoy la testamentaría está casi concluída, y pronto la Institución entrará en propiedad de la herencia.

La segunda noticia se refiere a otra disposición testamentaria, de la que hasta ahora sólo tenemos indicaciones extraoficiales. La Junta directiva recibió una comunicación, en que se participaba que, habiendo fallecido en el pueblo de Zurgena, provincia de Almería, D. Emilio García López, y abierto su testamento, protocolizado en la Notaría de D. Pedro Llamas, de Huércal-Overa, aparece que lega en pleno dominio algunas fincas a doña Fuensanta Alvarez de Sotomayor, y las restantes, en usufructo vitalicio, a dicha señora. Para cuando ocurra el fallecimiento de la mencionada D.^a Fuensanta, instituye herederos de por mitad a la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, y a los parientes más próximos, en la forma que establece la ley.

Por gestiones particulares, y mientras se solicita del notario copia del testamento, todo lo que se ha podido averiguar es que D. Emilio García López, vecino de Zurgena, era un abogado que residió varios años en Granada y Madrid, afiliado al partido republicano; que las fincas dejadas son rústicas y radican en Zurgena; que el valor de la mitad, que es lo que ha de corresponder a la Institución, podrá ser de 15.000 a 20.000 pesetas en el día de hoy, y que el producto en renta de dicha mitad, según los antecedentes recogidos, alcanza a 1.300 ó 1.400 pesetas.

Presupuesto para 1920-1921.

INGRESOS	Pesetas.
Matrícula.....	13.500
Alquileres.....	1.500
Donativos.....	1.925
Intereses legado Valle.....	2.560
Idem id. Constantino Rodríguez ..	2.155
TOTAL.....	21.640

GASTOS

	Pesetas.
Personal facultativo.....	12.190
Idem administrativo.....	300
Idem subalterno.....	2.580
Gastos generales, material de enseñanza, etc.....	1.500
Contribuciones.....	3.000
Seguro de incendios.....	70
Luz eléctrica.....	150
Consumo de agua.....	350
Obras e imprevistos.....	1.500
TOTAL.....	21.640

BOLETÍN.—La administración del BOLETÍN correspondiente al año natural de 1919 ha luchado con serios obstáculos para mantener sus gastos dentro de los límites del ingreso, obstáculos de todos conocidos: subida del papel, subida de la mano de obra, aumento en la cuota del reparto. Gracias al superávit del año anterior y a la venta de dos colecciones y de varios tomos sueltos, hemos conseguido cerrar esta cuenta con otro pequeño superávit. La fluctuación de las bajas y las nuevas suscripciones ha sido también favorable a los ingresos. Pero de todos modos, la Junta facultativa ha creído necesario, en vista, primero, de la inconsistencia en el precio del papel y de la mano de obra, amenazados, como lo está todo en la economía actual, de nuevos aumentos, y segundo, de la extrema baratura en que ha venido sosteniendo la suscripción del BOLETÍN, aumentar ésta en una peseta al año a todos aquellos a quienes se había concedido el derecho de pagar sólo cinco pesetas. Para éstos, pues, la suscripción anual es de seis pesetas.

He aquí ahora el resumen, en general, de ingresos y gastos del BOLETÍN durante el año natural de 1919.

INGRESOS	Pesetas.
Sobrante del año anterior.....	518,55
Cobrado por suscripciones, colecciones y tomos sueltos.....	3.141,45
TOTAL.....	3.660

GASTOS

	Pesetas.
Imprenta, reparto, correo, etc.	3.223,65
Queda, pues, un superávit de	436,35

para el año corriente de 1920.

CORPORACION DE ANTIGUOS ALUMNOS

Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1919, leída y aprobada en la sesión del 12 de mayo de 1920.

<i>Ingresos.</i>	Pesetas.
Saldo anterior (1)	2.057,60
Devuelto por cuatro Antiguos Alumnos, mancomunadamente, saldo del anticipo que recibieron	500
Devuelto por un Antiguo Alumno, saldo del anticipo que recibió	100
Devuelto por otro ídem íd., saldo del anticipo que recibió	200
Devuelto por otro ídem íd., a cuenta del anticipo que recibió	125
Recaudado durante el año	2.076
<i>Total</i>	<u>5.058,60</u>

Gastos.

A Román Serrano, por cobranza	89
Auxilio de 100 pesetas mensuales a la Institución	1.200
Prestado a un Antiguo Alumno	700
Prestado a otro ídem íd.	100
Gastos hechos con motivo del fallecimiento del Profesor D. Edmundo Lozano	625,95
Cuota de la Corporación en la suscripción iniciada para honrar la memoria de D. Pedro Dorado Montero	25
Donativo de 5 pesetas mensuales a la Sociedad «Fraternidad Cívica»	60
Suscripción al <i>Boletín de la Federación Abolicionista</i> (10 francos)	10
Talonarios para recibos	33
Gastos de correo	1,35
<i>Total</i>	<u>2.842,30</u>

Saldo a favor de la Corporación en 1.º de enero de 1920 2.216,30

El Tesorero, JOSÉ ONTAÑÓN Y VALIENTE.
V.º B.º: El Presidente, MARQUÉS DE PALOMARES DE DUERO.

(1) Véase el número 710 del BOLETÍN, correspondiente a mayo de 1919.

LIBROS RECIBIDOS

Junta de Patronato de Ingenieros y Obremos pensionados en el Extranjero.—*Breve resumen de la labor realizada con las pensiones de Ingenieros y Obreros.*—Madrid, Imp. Clásica Española.—Don. de la Junta.

Zafra y Estevan (D. Juan Manuel).—*Los progresos de la construcción y de la mecánica aplicada.*—Madrid, Imp. Clásica Española, 1919.—Don. de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Real Sociedad Geográfica.—*Anuario de 1920.*—Madrid, 1920.—Don. de la R. S. G.

Universidad de Madrid.—*Anuario del curso de 1919-1920.*—Madrid, Artes Gráficas Plus-Ultra, 1919.—Don. del Sr. Secretario de la Universidad.

Asociación Patriótica Española.—*Estatutos.*—Buenos Aires, 1916.—Don. de la Asociación.

Gámez Monje (M.).—*Esquema de enseñanza y diario de clase.*—San José de Costa Rica, Imp. Nacional, 1919.—Donativo del autor.

Ayuntamiento de Barcelona.—*Escola de Labors i Oficis de la Dona. Any 1920.*—Barcelona, Editorial Catalana.—Don. del Ayuntamiento.

Azcárate y Menéndez (D. Gumersindo).—*Necrología del Sr. D. Joaquín Costa Martínez, escrita por encargo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.*—Madrid, J. Ratés, 1919.—Don. de la Academia.

Campo (Angel del).—*Los espectros de emisión y las reacciones químicas en el foco emisor.*—Madrid, Ed. Arias, 1919.—Don. de la Junta para Ampliación de Estudios.

Palacios (J.).—*Medidas de los volúmenes de los meniscos de mercurio.*—Madrid, Ed. Arias, 1919.—Don. de ídem.

Serrano (R. P. D. Luciano).—*La Liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede (1570-1573).*—Tomo II.—Madrid, 1920.—Don. de ídem.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas.
 Torija, 5.—Teléfono M 316.